

PARTE I

NATALIE CONVERS
MARIPOSAS
EN TU
ESTÓMAGO



Beca es una chica de 18 años, la mayor de cuatro hermanos, que ayuda a su madre a sacar a la familia adelante con un trabajo a media jornada en una cafetería. Su padre les abandonó cuando ella tenía 16 años y ha tenido que madurar rápidamente contra su voluntad. Pronto conocerá a Alex, un misterioso y atractivo chico que le cambiará la vida para siempre y hará que su mundo se vuelva del revés.



Natalie Convers

**Mariposas en tu
estómago
(Parte I)**

Mariposas en tu estómago - 1

ePub r1.0
Titivillus 28.06.15

Título original: *Mariposas en tu estómago (Parte I)*

Natalie Convers, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



*Para Ángela, una madre increíble
donde las haya y
mi gran inspiradora de los
sentimientos.*

Para mi próximo truco, necesito que me beses
y haré aparecer mágicamente mariposas en tu
estómago.

PABLO NERUDA



Prólogo



Hace dos años...

—¡Estás quemada como un cangrejo, tía! —me soltó mi amiga Marta sonriendo de oreja a oreja.

Sus ojos pequeños y verdes me recorrieron de arriba abajo antes de echarse a reír escandalosamente,

atrayendo la atención del grupo de estudiantes que nos rodeaba.

Uno de los profesores nos llamó en ese momento para asegurarse de que no nos dispersáramos mientras pasaban lista.

—¡Eh, nos van a echar la bronca! — advertí a Marta, dándole un pequeño empujón.

Abrí la boca perezosamente y di un largo bostezo; apenas lograba sostener en pie mi uno sesenta y cinco de estatura.

Acabábamos de regresar de nuestro viaje de fin de curso a Barcelona, para celebrar que dentro de no mucho comenzaríamos el bachillerato, y ahora

estábamos en el aeropuerto de Barajas de Madrid. En breve tomaríamos el autocar que nos llevaría de vuelta al instituto, donde nos recogerían nuestros padres para ir finalmente a casa.

Suspiré; echaba tanto de menos a mi familia... Sobre todo a la pequeña Natalia, que había cumplido los tres años hacía poco. Orgullosamente, guardaba una foto suya en la cartera, donde aparecía riéndose y mostraba el hueco que un diente de leche había dejado en su dentadura, dándole un aspecto tanto infantil como travieso.

—¡Me meeeooo! —se quejó Marta de repente, estrechando cómicamente los ojos—. Beca, cuídame la maleta, ¿sí? —

me pidió, sin darme tiempo a responder y dejando tirado su equipaje de un rosa chillón en medio del suelo.

Negué con la cabeza y me agaché, y al hacerlo vi la cafetería.

«Café», pensé soñolienta. Eché un vistazo atrás; los profesores parecían estar enfrascados en una conversación seria mientras levantaban los brazos de forma efusiva. Seguramente aquello les llevaría un rato y, por otro lado, el autobús no llegaría hasta al cabo de veinte minutos, así que cargué como pude mi mochila a la espalda y agarré el abrigo de mi amiga junto con el resto de sus cosas. En cuanto llegué a la barra de la cafetería, prácticamente vacía, saludé

a la camarera de aspecto agradable y uniformada de azul que la atendía y le hice mi pedido: un café con leche con dos cubitos de hielo y mucho azúcar.

—¡Gracias! —me despedí satisfecha tomando el vaso reciclable entre mis manos. Estaba fresquito y olía deliciosamente.

Respiré el aroma al mismo tiempo que me giraba.

De pronto, me tambaleé y tropecé con una silla. Todo mi café con leche fue a aterrizar sobre un hombre que estaba sentado en una de las mesas. Iba trajeado y exhibía una voluminosa barriga, y había estado hasta aquel mismo instante devorando con gran

apetito un desayuno americano a base de fritos y muchas calorías.

El hombre levantó de inmediato la cabeza y me dirigió una mirada furiosa. Menudo desastre le había causado: además de mancharle la ropa, de la frente le caían unos goterones marrones. Sin saber qué hacer, me mordí el labio mientras él me gritaba cosas en un idioma que, supuse, debía ser inglés. Agaché la cabeza varias veces.

—Lo siento, lo siento —insistí juntando las manos para que me entendiera.

No obstante, el extranjero se levantó de su sitio y apuntó hacia su bandeja con un gesto de gran enfado en su cara

redonda y empapada. Cogí unas servilletas e intenté secarlo, pero el hombre se apartó muy alterado.

Si al menos me hubiese esforzado en escuchar en clase de inglés..., pero aquella era la única asignatura que siempre se me resistía. Respiré hondo y por fin, a pesar de los nervios, recordé algo.

—*Sorry!* —grité más alto de lo que pretendía, sintiendo que el cuerpo comenzaba a temblarme de impotencia.

Sabía que algo iba muy mal, porque el señor estaba todavía más irritado que antes y alzaba la voz, llamando la atención de la gente sentada en otras mesas. Con el rabillo del ojo vi a la

dependienta del café saliendo de la barra. Intenté calmarme.

De pronto, el hombre dio un paso hacia delante y levantó una mano. Automáticamente, me encogí aterrada, esperando el golpe. Pero el golpe no llegaba. Extrañada, levanté la cabeza y descubrí que otra persona había impedido que así fuera: un chico alto, de piel pálida, no mucho mayor que yo y con el pelo corto de un rubio ceniza poco común, sostenía el brazo del hombre con el ceño fruncido. Tenía una complexión atlética y del cuello le colgaban unos cascos blancos y grandes de aspecto caro, pero lo que más me llamó la atención fueron sus ojos

ligeramente rasgados, de un intenso azul eléctrico, que miraban amenazantes. Definitivamente, había en él algo peligroso e intimidante, que había logrado dejarme sin aliento durante los primeros segundos.

Intenté moverme y hacerme a un lado, todavía sorprendida por su inesperada intervención. Observé como el chico intercambiaba con el hombre unas cuantas palabras en su mismo idioma, con un acento perfecto pero cortante. Después sacó un billete de veinte euros, lo plantó con fuerza en el pecho del hombre y a continuación, sin darle tiempo a reaccionar, le introdujo el billete en el bolsillo de la chaqueta

con dos rápidas palmaditas. Luego le sonrió y le dijo algo más, al mismo tiempo que le mostraba su móvil y señalaba la pantalla sin desviar la mirada del hombre. El aludido se puso rojo y le contestó resoplando con evidente disgusto. Después me echó una última mirada y se marchó hacia los servicios acelerando el paso con repentina urgencia, dejándonos completamente solos frente a aquel estropicio que había provocado.

Respiré aliviada antes de echar un vistazo a mi vaso casi vacío.

—¿Estás bien? —preguntó el chico todavía con el ceño arrugado de preocupación.

Dejé el recipiente de mi café sobre la primera superficie segura que encontré, tomándome mi tiempo para responder sin tartamudear.

—Gracias —dije sinceramente, notando que aquella mala sensación provocada por el accidente iba desapareciendo.

Me re Coloqué el pelo detrás de la oreja y levanté la vista.

Ahora que lo tenía más cerca y el peligro había pasado, pude fijarme más detenidamente en sus rasgos. De algún modo, era bastante atractivo e interesante. Me quedé observándolo embobada.

—¿Seguro? Parece que hubieras

visto un fantasma —bromeó mientras se frotaba tímidamente la zona de detrás del cuello—. Aquel tipo daba un miedo horrible —añadió.

Nos miramos en silencio unos segundos y luego comenzamos a reírnos, descargando toda la tensión del momento.

—No pareces de aquí, aunque hablas bastante bien español —señalé con curiosidad, recogiendo el equipaje del suelo—. ¿Tienes pensado quedarte mucho tiempo?

Me devolvió la mirada, al parecer divertido con mi pregunta. Levanté una ceja.

—¿He contado algún chiste? —Tal

vez estaba equivocada, pero si era así, prefería no seguir plantada como una imbécil ante el tipo que me había sacado del apuro.

—¿Vas a invitarme a un refresco si te lo digo? —contestó, ignorando mi pregunta y pasándome mi sudadera de ratones, que se me había soltado de la cintura al tropezar.

Decididamente, estaba intentando ligar conmigo.

Tomé la prenda de su mano y al hacerlo le rocé la piel sin querer. De repente, una descarga eléctrica hizo que ambos diéramos un salto hacia atrás. Mal augurio, pensé.

—¡Guau, eres como Storm de X-

Men! —comentó frotándose la muñeca.

¿Lo decía en serio?

Me puse recta al notar el vibrador de mi móvil. Marta debía de estar buscándome.

—Lo siento, pero tengo que marcharme. Mi amiga me está llamando —aclaré para que no pensara que era una desagradecida—. Pero... —Hice una pausa para sacar mi monedero con orejas de gato y ver cuánto dinero me quedaba. Únicamente tenía cinco euros. Me mordí el labio y, acto seguido, cogí la mano de aquel chico—. Desde luego, puedes tomarte lo que quieras de beber en mi honor. Aunque no te recomiendo para nada el café —añadí sonsacándole

una sonrisa.

No obstante, él me devolvió el billete con decisión: no admitiría una negativa.

—Si de verdad quieres agradecerme lo de hoy, hagamos una cosa. —Dio un paso adelante y se pasó la lengua por la comisura del labio. Al instante, una sensación extraña me puso en guardia—. Si volvemos a encontrarnos, seamos amigos.

Le miré contrariada. ¿Eso era todo lo que quería de mí?

—No sé si... —Comencé a dudar. Sentía que de algún modo aquel chico entrañaba cierto peligro.

—¿Crees que soy un asesino o algún

violador? —insinuó muy serio.

Me puse completamente roja.

—No, por supuesto que no. No quería decir eso. Yo... yo... —Entonces me detuve al ver que se estaba tapando la boca para intentar retener una carcajada. Me di un golpe mental. Tenía que haber imaginado que no lo había preguntado en serio—. Perdona, debo parecerte...

—Fantástica y muy divertida. Por eso, di que sí —me interrumpió haciendo que volaran mariposas en mi estómago. ¿De verdad había oído bien?

—De acuerdo —contesté demasiado rápido.

Al instante, sus ojos me

recompensaron con un brillo de emoción casi infantil. Definitivamente, no se parecía en nada al chico que había visto unos minutos antes, con aquella actitud de desafío y esa aura inquietante que había logrado que un hombre dos veces más grande y ancho que él huyera corriendo.

Oí que me llamaban por mi nombre y me giré.

—¡Estoy aquí! —dije alzando la voz y levantando una mano en el aire—. Esa es mi amiga Marta. Por cierto, ¿no deberíamos al menos decirnos nuestros nombres?

Al no recibir respuesta, me volví, pero ya no había rastro de él. Había

desaparecido de la misma manera en que lo había conocido, repentinamente y sin previo aviso.

Moví la cabeza para todos los lados buscándolo. ¿Por qué no se había despedido? Fruncí el ceño. Tal vez no había sido una buena idea hacerle aquella promesa a alguien a quien no conocía de nada. Ni siquiera su nombre... Noté una mano en el hombro y pegué un salto.

—¿Qué narices hacías aquí sola sin avisar? Te estábamos buscando desde hace un buen rato, tía. —Marta me arrancó su maleta de los dedos y me miró enfadada—. No vuelvas a darme un susto así, ¿vale?

Asentí y le seguí el paso, silenciosa. Cuando al cabo de un rato, ya en el autocar, Marta se cansó del monólogo en el que se había convertido la conversación conmigo, me miró de lado desde su asiento, apoyando un codo sobre el cabezal.

—Está bien, Beca. Suéltalo. ¿Qué te ocurre? —Tragué saliva y solté el aire que había estado conteniendo—. Y no, no me digas que nada, que ya hueles a secreto desde kilómetros.

Eché un vistazo por la ventanilla, evitando sus ojos. Ví que solo quedaban unos metros para entrar en la calle que daba a nuestro colegio.

—He tenido un día... extraño —

resumí, mientras me fijaba en que, entre la multitud de padres que esperaban en las puertas, solo estaba mi madre; mi padre no había ido.

Pegué la cara al cristal. Mi madre parecía muy desmejorada desde la última vez que la había visto, una semana antes. El pelo, que siempre llevaba pulcramente ondulado sobre los hombros, ahora lo tenía excesivamente descuidado. Llevaba piezas de ropa que apenas combinaban entre sí, como si se hubiera vestido con lo primero que hubiera encontrado al abrir el armario.

—Hemos llegado —dije en voz alta.

Sin esperar a que Marta se levantara, salté de mi sitio y recogí

rápidamente mis cosas. Cuando bajé por las escaleras, mi madre se acercó y me abrazó con demasiada fuerza. Estaba llorando.

—¿Mamá? ¿Qué pasa? —pregunté alarmada.

—Cielo, perdóname. Yo tenía... tenía... —Se echó hacia atrás, sin llegar a alejarse del todo. Preocupada, le dejé que tomara aire antes de continuar—. Tu padre nos ha abandonado, y estamos en la ruina —explicó con la voz rota.

Las rodillas se le doblaron, y tuve que hacer a un lado mis cosas y cargar con su peso para evitar que cayera al suelo. Un dolor en el pecho me partió el corazón en dos.

Capítulo 1



En la actualidad...

—¡Ni hablar! —le digo
contundentemente a Marta.

Estamos en uno de tantos centros comerciales de la capital, donde puedes pasarte horas entrando y saliendo de tiendas, cada una con un olor diferente,

música ruidosa de fondo y gente arrojando la ropa por todas partes.

Las Navidades ya han pasado, y han llegado las rebajas: mire por donde mire no veo más que colas. Echo un vistazo a la etiqueta del nuevo vestido que mi amiga acaba de pasarme. Definitivamente, no puedo permitirme gastar el sueldo de cuatro horas repartiendo publicidad en un trapo que apenas tiene tela. Por el mismo precio podría comprar una nueva muñeca para Natalia, o un juego para la consola que comparten Víctor y Diego, mis otros dos hermanos pequeños, de quince y once años respectivamente.

—No me gusta —argumento, y se lo

devuelvo. Aunque Marta conoce mi situación económica y los problemas de mi familia, no es algo que me guste hacer público constantemente—. Esta cosa parece un cinturón cosido a dos tirantes. —Hago una pausa y cierro por un momento los ojos—. Voy a parecer un anuncio de «sexo gratis» a gritos —continúo, poniendo una mueca lo suficiente convincente para borrar la expresión de lástima de los ojos de mi amiga.

—¡Por Dios, Beca! ¡Te he dicho que voy a regalarte un maldito vestido para tu cumpleaños y te juro que lo voy a hacer! Aunque tenga que meterte en los probadores a empujones una y otra vez,

aunque deba esconder las etiquetas de cada camiseta, pantalón, falda, etc., etc., e infinito etc. ¿Lo captas? —dice en tono amenazante, advirtiéndome con una mirada feroz que no va a permitir que la contradiga.

Me quedo observándola durante unos segundos en silencio, todavía reacia a aceptar su oferta. No es que no me haga ilusión que me haya sacado de mi rutina de trabajo, prepararme para los exámenes de mi último año de bachillerato tecnológico y cuidar a mis hermanos para ir de compras; la verdadera razón es que no estoy acostumbrada a ser yo la que reciba regalos. Al menos desde que nos

abandonó mi padre, hace dos años, dejándonos con la cuenta bancaria completamente vacía y sin un sitio en el que vivir. Si no hubiera sido por la herencia que había recibido mi madre de su tía abuela, un piso demasiado pequeño para cinco personas, quizá nos hubiéramos quedado directamente en la calle. Borro esa imagen con rapidez: ahora que mi madre ha logrado entrar en una importante empresa de limpieza, nos va mucho mejor. El otro día incluso nos trajo una pulsera de plata y una gorra de béisbol firmada por una *boyband* americana de moda que había encontrado al recoger en un concierto.

—Está bien... —acepto a

regañadientes, y Marta sonrío aliviada —. Pero no esa cosa. En eso sí que no voy a ceder —remarco escondiendo bien al fondo el vestido entre una torre de jerséis.

Marta gruñe y hace un puchero, pero yo paso de largo ocultando lo divertido que me parece verla así de frustrada.

—¡Espera! ¿Y este? —pregunta en tono burlón, mostrándome un conjunto hortera con un montón de lacitos y encaje—. ¿No crees que serviría para un bonito anuncio de «Ven de vacaciones con el Imserso»?

Hago el gesto de potar con dos dedos en la boca. Marta se echa a reír. Eso le encanta, podría pasarse días

enteros encadenando una carcajada tras otra.

—Demasiado *Alicia en el país de las maravillas* —argumento, y me dirijo a un cajón lleno de ofertas.

Los ojos se me iluminan al ver una blusa negra algo transparente y unos pantalones de vestir ajustados a juego. Compruebo que las tallas corresponden a la mía y cargo con mi botín sobre uno de los brazos.

Marta se pone a mi lado, siguiéndome de cerca con un montón de accesorios que ha ido cogiendo por el camino para combinar con el conjunto negro, y se cuela en uno de los probadores antes de que yo pueda

escoger ninguno. La veo acomodarse en el taburete esperando a que entre en el cubículo con ella dentro.

Nada más colgar las cosas en uno de los ganchos de la pared, suena mi teléfono con un mensaje. De inmediato, el corazón me da un vuelco.

—Déjame adivinar: es el empanado y crujiente de atún con queso de tu novio, ¿cierto? —me suelta mi amiga. Le echo una mirada de reproche: no me gusta que lo llame así todo el tiempo, como si Miguel fuese el menú de un restaurante de comida rápida. Como respuesta a mi mirada, Marta pone los ojos en blanco—. ¡Dios! Parece que acabes de tener un orgasmo cósmico —

se burla—. Y si no fuera porque tu novio no te ha metido mano ni una sola vez en los dos años que lleváis juntos, juraría que te acaba de escribir algo pervertido y muy sucio.

Me pongo roja y miro hacia atrás, comprobando si alguien ha oído aquello. Afortunadamente, nadie nos presta mucha atención. Corro la cortina y me enfrento a mi amiga con los brazos en jarras.

—Para tu información, Miguel es muy buen besador —lo defiende.

—Sí, estoy segura de que para ti lo es. Al fin y al cabo no puedes comparar con nadie más —replica con tono quisquilloso.

Me muerdo el labio pensando en mi respuesta mientras comienzo a desabrocharme los *shorts*.

—No me hace falta; con él tengo suficiente para saberlo —insisto—. Si estuvieras en mi lugar también pensarías lo mismo —aseguro alcanzando la blusa.

Esta vez es Marta la que parece estar a punto de vomitar. Se remueve en su sitio.

—Lo siento, pero no. Mi estómago es demasiado delicado para una hamburguesa grasienta y precalentada como esa. —Inclina la cabeza hacia un lado—. Echaría a perder mi dieta y mi exquisito paladar. Créeme, por nada del

mundo me gustaría ocupar tu lugar, y mucho menos con un tipo que no solo se comporta como si llevara los hábitos, sino que encima se apellida Santos.

Niego con la cabeza y me giro hacia el espejo para ver cómo me queda la ropa.

—¡Espera! Quédate quieta —me pide mi amiga, poniéndose en pie para pasarme un voluminoso collar que resalta mi escote y mis ojos marrones. A continuación me desabrocha un botón y me recoloca la camisa—. Parece hecho a medida para ti. Solo te falta una cosa... —dice distraída. Se agacha y arrima a mis pies unos zapatos de tacón con piedrecitas de cristal que lanzan

destellos—. Y bien, ¿qué te parece?

Me muevo nerviosa.

—¿Cuánto valen? —pregunto.

—¡Oh no, Cenicienta *sexy*! Hoy yo soy tu hada madrina, y si de verdad quieres que esta noche salga todo bien con tu príncipe tomates fritos con lechuga, debes hacerme caso en todo.

Me vuelvo hacia mi amiga dispuesta a discutirle la elección de palabras que ha usado para referirse a mi novio, pero ella me empuja de los hombros antes de que yo pueda decir nada. Y me obliga a mirarme de nuevo en el espejo.

—No sé si... —dudo, sintiéndome cada vez más incómoda. Nunca he llevado unos tacones tan altos, y Miguel

no mide mucho más que yo...

Marta sale del probador y me llama desde el pasillo para que me reúna con ella y pueda verme mejor en el espejo grande que hay al fondo. De pronto, noto que la alegría desaparece de sus ojos y pone un gesto de hastío. Entonces sigo su mirada y veo a Miguel. Está esperándome a la salida, tal como me había dicho en su mensaje. Sonrío y levanto una mano para saludarlo. Es tan guapo... No se me ha escapado que varias chicas se lo han quedado mirando al salir.

—Y bien, ¿cuándo se supone que vais a decirle al grupo que estáis saliendo oficialmente? —me pregunta

Marta con tono cortante. Yo pestañeo, sorprendida por el cambio repentino de conversación—. Ya sabes, no me parece sincero todo esto.

Sé que mi amiga se preocupa por mí, y no le inspira confianza que Miguel haya querido mantener tanto tiempo nuestra relación en secreto ante los demás, pero él tiene sus razones, y yo le quiero. Después de Marta, ha sido la persona que más me ha apoyado en mis peores momentos.

—Hoy. Me lo ha prometido como regalo de cumpleaños.

En ese instante, advierto que Miguel nos ha visto y se dirige hacia nosotras con una sonrisa de oreja a oreja. Le

miro con adoración mientras se acerca y me reprimo para no correr a sus brazos. Esta noche no solo seré mayor de edad, sino que también voy a pedirle ir un paso más lejos en nuestra relación.

—Menudo tacaño —murmura Marta por lo bajo.

La ignoro y me adelanto a saludar a mi chico. Miguel es todo lo que necesito para ser feliz el día de hoy.

Capítulo 2



Aprieto la mano de Miguel. Apenas logro contener mi entusiasmo. Y tampoco puedo esperar a ver la cara de sorpresa que pondrán los demás cuando se lo digamos en unas horas.

—¿Qué tal mis dos princesas? ¿Ya habéis terminado? —pregunta él bastante animado. Eso me da esperanzas sobre lo de ir más lejos con él hoy.

Marta aprovecha que no la está mirando para simular que come una hamburguesa, lo que me provoca un ataque de tos—. ¿Estás bien? —se interesa amablemente—. ¿Mejor? —insiste de nuevo, pasándome un mechón detrás de la oreja con suavidad.

En respuesta, asiento tímidamente con la cabeza evitando mirar a mi amiga. Adoro su ingenuidad.

Me fijo en que Miguel se ha dejado la barba de dos días, aunque la lleva cuidadosamente recortada, y el pelo lo luce rapado excepto en la zona superior, que tiene peinada hacia un lado con un *look* que roza la perfección. Pero sobre todo me llaman la atención las cinco

bolsas de diferentes marcas que carga en una de las manos. Él también debe de estar nervioso por lo que vamos a hacer, o tal vez, simplemente, quiere estar impecable para mi cumpleaños. ¡Dios mío, es tan dulce!

—Más o menos. ¿Qué te parece lo que llevo puesto? —Doy un paso atrás y espero ansiosa su reacción.

—Estás encantadora y maravillosa, cariño. Como siempre.

Me lanza un cumplido sacando el dedo pulgar hacia arriba. Y aunque su tono es alegre y sincero, de algún modo no me siento llena con sus palabras. Esperaba que, siendo la primera vez que me ve arreglada, se mostrara más...

—Gracias, tú también estás muy guapo. Me encanta tu nuevo corte de pelo —digo automáticamente, y le planto un rápido beso en sus labios para dejar constancia de ello.

Siento que se pone tenso, pero no se retira, aunque tampoco llega a profundizar más.

Marta se pone en medio de los dos y me empuja hacia los probadores.

—¡SOS! El novio ha visto a la novia antes de pasar por el altar y, si lo que Beca me ha dicho que va a ocurrir esta noche es cierto —recalca intencionadamente—, será mejor que salgas de inmediato de los probadores y te llesves contigo la mala suerte,

principito. —Hace una pausa y me guiña un ojo—. Bueno, a no ser que quieras disfrutar de la noche de bodas por adelantado en uno de ellos —bromea, y se echa a reír sin ningún reparo—. Prometo vigilar que nadie os abra la cortina —asegura con un mohín inocente.

—¿Rebeca te ha dicho lo que va a suceder hoy? —pregunta Miguel, haciendo caso omiso de la propuesta con una sonrisa forzada.

Lo observo preocupada, no quiero que se arrepienta. Pero me ha llamado Rebeca, y solo me llama así cuando está pensando demasiado sobre algo que lo inquieta.

—Entonces es cierto... ¡Felicidades a los dos! —dice Marta en un tono demasiado efusivo y dándonos un abrazo a ambos. La miro con una advertencia silenciosa cuando se aparta, pero a ella parece no importarle—. Aunque ¿no crees que ya te has retrasado un poco en anunciarlo? ¿No será que...?

—¡Marta! —replico incómoda.

Mi amiga no vuelve a insistir y cierra la boca, dejando en el ambiente un aire tenso. Miguel parece tener que coger una llamada y se marcha, de modo que nos quedamos solas las dos. De repente, Marta se muestra demasiado interesada en mirar su móvil, fingiendo que no sabe que estoy molesta, así que

termino de cambiarme y salgo a pagar, pero mi amiga se adelanta y me echa de la cola dándome un empujón con el culo.

—Te lo advertí —me recuerda sacándome la lengua al tiempo que le entrega el carné de identidad junto con la tarjeta de crédito a la dependienta—. Hoy pago yo.

Me cubro la mitad de la cara avergonzada, sé que quiere ablandarme. Ella me tira de un brazo y acerca su boca a mi oído con gesto conspirador.

—¿No te parece demasiado rata que tu novio ni siquiera se haya acercado a la caja después de todo lo que se ha comprado para él solito?

Me muerdo el labio. Me está

cansando su insistencia. Por mucho que Miguel no le caiga bien, no veo por qué tiene que aprovechar cada oportunidad para criticarlo a sus espaldas.

—Él siempre compra así. Además, con su dinero puede hacer lo que quiera, y yo no necesito nada —justifico, pero noto que voy perdiendo la voz—. Él sabe que yo lo prefiero de este modo —continúo.

—Escucha, yo creo que Miguel piensa que te tiene muy segura. Deberías probar a hacerlo sentirse en peligro. —Se aclara la garganta y me mira muy convencida, con aire de experta en chicos—. ¿Te acuerdas del tío con el que me enrollé de fiesta la semana

pasada? Se llama Carlos y tiene una chocolatina tremenda. Pero sobre todo tiene un alucinante tatuaje en el... —Se pasa la lengua por los labios de forma lasciva, así que le doy un manotazo para que vaya directa al punto—. Le mandaré ahora mismo un mensaje para que se traiga a sus amigos y...

—Ni se te ocurra —le ruego entre dientes. Miguel nos está observando desde la salida.

—Tú déjalo en mis manos y hazme caso por una vez en tu vida —me ordena. Y a continuación añade, arrugando el ceño—: Al menos, has de tener un seguro en caso de que se eche atrás. ¿O quieres continuar siendo una

novia secreta para el resto de tu vida? ¿No crees que durante todo este tiempo ha podido estar viéndose con otra tía de igual forma que contigo? Quizá esa es la excusa que os pone a todas mientras...

—Marta —la corto en seco.

—Confía en mí —me pide en tono suplicante, mientras coge una de mis manos y deposita en ella la bolsa con la ropa—. Todo va a salir bien.

«Todo va a salir bien», me repito una y otra vez cuando nos reunimos con Miguel y salimos al estacionamiento donde ha aparcado su coche, un Toyota Yaris de segunda mano. «Todo va a salir bien...».

Capítulo 3



Mamá está viendo la tele en el salón, con Natalia recostada sobre sus piernas y mis dos hermanos peleándose por la consola sin prestar atención al programa que están emitiendo. Es una escena normal en casa, pero no puedo evitar sonreír al verlos juntos. Me aclaro la garganta para llamar su atención.

—¿Y bien? —pregunto, posando con

una mano en la cintura y una pierna un poco adelantada.

Mamá me mira complacida. Víctor y Diego me observan con los ojos abiertos, pero no dicen nada.

—Preciosa, cariño. Estás realmente deslumbrante esta noche. ¿Va a venir Miguel a recogerte? —pregunta con una cálida sonrisa. Al hacerlo, los ojos se le estrechan y se le forman unas pequeñas arrugas a los lados. Parece mayor de lo que es, pero sigue conservando un aspecto regio y una voz imponente, capaz de hacerse respetar ante el mismísimo rey.

—Princesas... —murmura mi hermana pequeña con los ojos cerrados.

Debe de estar en su mundo infantil lleno de estrellas y animales.

Mamá la tapa más con la manta que siempre tenemos doblada en uno de los reposabrazos del sofá, y le acaricia la cabeza mientras espera mi respuesta.

—Sí, debe de estar al llegar — contesto rápidamente.

Ella no sospecha que Miguel y yo hemos estado escondiendo nuestra relación durante tanto tiempo, así que tampoco sabe por qué este día es tan importante para mí, aparte de por mi cumpleaños. Eso la defraudaría enormemente.

Víctor gruñe algo por lo bajo y le quita la consola a Diego, aprovechando

que este está completamente absorto en la conversación que mamá y yo estamos manteniendo. Me acerco a él y le revuelvo el pelo, y luego repito el mismo gesto con Víctor.

—¡Quita! Es molesto —se queja Víctor y, acto seguido, se retira con las mejillas sonrojadas—. Estás muy fea y muy rara —dice sin levantar la cabeza del juego.

Diego mira a Víctor y luego me mira a mí, así un par de veces más.

—A mí me gusta, parece una chica —me defiende mi hermano pequeño.

—¡Gracias, Diego! Cuando seas mayor, vas a ser todo un donjuán. No como este —señalo a Víctor y lo vuelvo

a despeinar—, que se va a convertir en un tipo solitario, frío y excéntrico al que solo le interesarán las matemáticas y matar zombis.

Víctor levanta por fin la vista. A pesar de sus quince años, intenta actuar como el hombre mayor de la casa, así que no le gusta en absoluto que salga con Miguel. De algún modo, ha llegado a la conclusión de que no es suficiente para mí.

—Eres una pesada —contesta sacándome la lengua.

Mamá le da un coscorrón por detrás.

—¡Eh! No le hables así a tu hermana, Víctor —lo reprende, sin llegar a enfadarse. Mi hermano tensa la

mandíbula y se marcha del salón para encerrarse en su cuarto. Nunca se atrevería a levantarle la voz a nuestra madre—. No le hagas caso, lleva así todo el día. —Suspira.

Se la nota agotada, así que me pongo a su lado y comienzo a masajearle los hombros con leves presiones.

—No te preocupes, estoy inmunizada —bromeo, y en susurros le comento con aire divertido—: creo que está algo cabreado por las clases. Parece que hay una chica que ha sacado mejor nota que él en el último examen.

Mi madre se vuelve sorprendida.

—¿Hay una chica? —Se ríe a carcajadas—. Ahora entiendo.

—¿Qué chica? —pregunta Diego, que ya no parece interesado en el juego, a pesar de que Víctor no se lo ha llevado con él.

Mamá y yo nos miramos.

—Ninguna, cariño —contesta rápida mi madre y luego se agacha tanto como puede con Natalia en medio—. ¿Has terminado ya de hacer tus deberes?

Diego traga saliva y se levanta.

—Sí. Me voy a dormir —dice despidiéndose demasiado apresurado, no sin antes darnos un beso de buenas noches a cada una.

Me muerdo la lengua, pero estoy segura de que se va directo a pedirle ayuda a Víctor para acabar los deberes

antes de meterse en la cama. Aunque dudo que Víctor ceda tan fácilmente.

—Nuestros niños se están haciendo mayores —comenta mamá agarrándome de una de las manos—. Pero tú ya te has hecho toda una mujer. ¡Mírate! Hacía tiempo que no te veía tan guapa. —De pronto, su semblante se nubla—. Me cuesta creer que hayas crecido tan bien con unos padres como nosotros...

La abrazo por la espalda para impedirle que siga. No quiero que se haga daño recordando los tiempos en que éramos una familia completa. Ese es un tema tabú en nuestra casa. Justo en ese momento llaman a la puerta. De inmediato, me incorporo y voy a abrir.

—Beca —me saluda Miguel, y se acerca para darme un suave beso en la mejilla. Se ha vuelto a cambiar de ropa, optando por un estilo más a la moda para salir a la discoteca donde hemos quedado a tomar unas copas—. ¡Estás increíble! —me adula soltando un silbido *sexy*—. ¡Feliz cumpleaños!

—¡Gracias! ¡Tú también estás fantástico! —respondo al instante, apartándome para dejarlo entrar.

—¡Hola, Clara! —dice acercándose a mi madre para besarla—. Cada día te veo más joven y guapa.

Mi madre se cubre la boca con la mano libre y se ríe, halagada.

—¡Qué pillo eres, hijo! Pero aunque

sé que no es verdad, te perdono por tus buenas intenciones. —Lo mira con adoración. Sé que Miguel le encanta—. Esta mañana he visto a tu madre en el supermercado, ella sí está estupenda.

—¡Gracias! Estoy seguro de que le gustará saberlo —asiente.

—¿Has cenado ya? Porque si no, tenemos tortilla de patata recién hecha en la cocina.

—¡Vaya!, suena realmente bien, pero hoy vengo lleno. Mi madre me ha cebado a ensaladilla rusa. Está asistiendo a clases de cocina desde hace una semana, así que no para de preparar platos nuevos a todas horas —explica Miguel con voz cansada mientras se

pasa una mano por el estómago con pesadez, aunque yo sé que no habla en serio. Le encanta consentir a su madre en todo.

Les echo una última mirada y aprovecho que están entretenidos para ir a coger mi bolso y una gabardina, que ya está algo gastada por el uso, para protegerme del frío. No me ha pasado desapercibida la nariz enrojecida de Miguel. Cuando estoy buscando el móvil, suena el aviso de un nuevo mensaje.

«El Plan Hot Dog ya está en marcha. ¡Nos vemos! Tq muxo. Marta».

Capítulo 4



Noto una mano sobre el hombro y doy un brinco.

—¿Nos vamos? —pregunta Miguel provocando que el corazón me lata acelerado.

Lo aparto de un empujón buscando espacio.

—Me has asustado —me justifico al ver su ceño fruncido mientras guardo

con rapidez el móvil de nuevo en su sitio. Luego me palmeo el pecho y tomo una bocanada de aire—. Estoy lista —le respondo, procurando ser amable.

Regreso al salón, me despido de mi madre y me quedo observando unos segundos la cara en paz de Natalia. A continuación salgo del piso seguida de Miguel.

—¿Ha ocurrido algo, Rebeca? —me pregunta en cuanto cerramos la puerta.

Aprieta los labios mientras espera mi respuesta. Parece incómodo y eso hace que sienta remordimientos por lo sucedido.

—No, lo siento por lo de antes —me disculpo, intentando tranquilizarlo con

una sonrisa—. ¿No me vas a ofrecer tu brazo? —le pido haciendo un puchero.

—Claro —cede por fin, tras unos momentos de inquietud.

Hace una jarra con el brazo derecho y paso mi mano izquierda por el hueco libre. Pero antes de que comience a andar, apoyo mi frente sobre su hombro y lo detengo.

—Me has llamado Rebeca... No estás enfadado, ¿verdad? Quiero que esta noche sea perfecta y me gustaría que tú también sintieras lo mismo.

Lo noto removerse. Me aparta y me mira de arriba abajo. Sus ojos son cautelosos, como si quisieran grabar la imagen que tienen ante sí dentro de un

frasco de cristal.

—¿Crees que puedo hacerte feliz?

—Su voz suena carente de fuerza.

Inclino la cabeza hacia un lado sin comprender por qué duda de sí mismo justo ahora. Cruzo mis dedos con los suyos y me aseguro de que esté completamente atento a lo que voy a decirle.

—Ya me haces feliz. En cada momento que estamos juntos y compartimos risas y también tristezas.

—Hago una pausa breve para que comprenda el verdadero significado de lo que acabo de confesarle—. El hecho de que me aceptes con todo lo que soy, incluso con la parte que he perdido, es

suficiente —digo con sinceridad. Sus ojos se abren sorprendidos—. No me hace falta nada más si tú crees en mí.

Baja los párpados y al poco me devuelve la mirada. En ese preciso instante me gustaría poder estar en su mente y saber lo que piensa.

—Vamos —dice adelantándose.

Lo sigo en silencio y, también en silencio, me siento en el lugar del copiloto y me abrocho el cinturón. A medio camino le oigo murmurar algo por lo bajo, pero no llego a entender muy bien qué es lo que dice o si habla conmigo.

—¿Me decías algo?

Se gira hacia mí aprovechando un

semáforo en rojo.

—¿De quién era el mensaje que has recibido antes? —Su voz suena exigente, nada que ver con la cordialidad que muestra habitualmente.

Está ansioso, y no sé la razón por la que está así conmigo.

—¿Qué mensaje? —le contesto, intentando ganar tiempo mientras me ajusto la coleta a la cabeza.

Miguel golpea furioso el volante con ambas manos.

—¿Por qué actúas de este modo? Me estás asustando, cariño. —Me recojo en mis brazos; no esperaba que mi confesión lo afectara de ese modo, más bien todo lo contrario—. Era de Marta,

simplemente me avisaba de que ella ya estaba en camino.

Se tapa la cara con las palmas. Algo no va bien.

—Mierda, no. No es nada, Beca. Olvídalo... Sí, será lo mejor. Disfrutemos de esta noche.

El semáforo se pone en verde y seguimos avanzando. No volveremos a hablar hasta que lleguemos a la discoteca.

Antes de salir del coche me aseguro de dejar bien a salvo mi gabardina. Por nada del mundo quiero perderla entre toda la multitud del local.

—Tengo que ir a hacer una llamada —me anuncia—. Ve reuniéndote con los

demás, en unos minutos estaré con vosotros. —Y tras decir esto, se da media vuelta y se encierra otra vez en el Toyota.

No es algo que me moleste especialmente, ya que casi siempre hacemos lo mismo: uno llega primero y el otro después. Pero hoy creía...

Decido hacerle caso e ignorar su extraño comportamiento. Quizá solo sea algo pasajero... De repente, mientras voy caminando, choco contra algo sólido y, como estoy tan poco acostumbrada a llevar tacones, me tambaleo y caigo hacia atrás, pero unos brazos me ayudan a tiempo, sosteniéndome con firmeza. Son fuertes,

no parecen pertenecer a una mujer.
Levanto la cabeza apesadumbrada y
entonces me encuentro con una cara que
creí que nunca volvería a ver.

—¡Tú!

Capítulo 5



«Si volvemos a encontrarnos, seamos amigos». Sus palabras de hace dos años resuenan en mi mente fuertes y graves, igual que en una habitación vacía donde tu voz hace eco al entrar. No puedo estar más segura: es él. Aunque ahora su pelo ya no es rubio ceniza, sino de un negro oscuro e intenso, sus ojos siguen luciendo el

mismo azul eléctrico. Sin embargo, se han vuelto más rasgados y vivaces y están cargados de una emoción que no logro identificar, lo que me confunde. Pero entonces veo los cascos que lleva al cuello y ya no me cabe duda alguna.

—¡Tú! —repito, sorprendida de que el destino pueda cruzarse así justo el día que cumpla los dieciocho. Me echo a reír—. Te conozco —continúo—. ¿Te acuerdas de mí? —Él pestañea desconcertado, pero es un movimiento tan rápido que no me queda claro si ha sido una jugada de mi imaginación—. La chica del...

De repente, me rodea sumiéndome en un abrazo demasiado íntimo como

para considerarse apropiado, pero yo, paralizada por la sorpresa, soy incapaz de reaccionar.

—Claro que sí, me acuerdo de ti. — Acerca los labios a mi oreja y yo intento echarme hacia atrás. Él, en cambio, aumenta la presión del abrazo—. Sígueme el juego solo unos segundos más, por favor —murmura cambiando la expresión alegre por otra suplicante—. ¿Ves a esa chica apoyada sobre el morro de un Lamborghini rojo? Asiente si ya se ha marchado —me pide.

Dirijo la mirada hacia la zona que él me ha indicado. En efecto, hay una chica, una morena despampanante, de largas piernas y con muy poca ropa

encima, aunque casi seguro que es de diseñador. Y no aparta los ojos de nosotros.

—Creo que acabo de despertar sus instintos asesinos —murmuro no muy tranquila con la idea.

Él suelta una carcajada que deja al descubierto el *piercing* que lleva en la lengua; también veo parte de su garganta, de un tono pálido, igual que el resto de su piel. Me fijo entonces en que no lleva ni un solo colgante aparte de los cascós, lo que resalta doblemente unas líneas negras que insinúan, desde el lado derecho, el comienzo de un tatuaje tribal que se pierde tras el cuello de la camisa. Es una camisa larga y negra, y la

lleva completamente desabotonada sobre una camiseta blanca de tirantes. Me llama la atención que vaya tan poco abrigado a pesar de lo fría que está la noche.

—Solo es una fan. No te hará nada —afirma con absoluta convicción y un gesto de confianza tal que me tranquiliza al instante—, pero se está volviendo demasiado pesada. Ya sabes a lo que me refiero, ¿verdad? —Lleva una de sus manos hasta el collar que me ha regalado Marta por mi cumpleaños y empieza a jugar con él, provocando que tenga que tragar saliva.

—No sé si esto es buena idea. No parece querer marcharse —murmuro

acercándome a él para que nadie más nos oiga—. Ha sacado una lima de uñas.

—Se irá —me asegura. Me coge de la muñeca y mira la hora en mi reloj—. Ibas a entrar, ¿verdad? —Sus labios se mueven de manera lenta y muy sensual, tanto que sin darme cuenta abro también yo la boca como para seguirlos.

Cierro los ojos con fuerza.

—He quedado con unos amigos, no puedo estar más tiempo contigo, y además tengo que hacer cola —me justifico de manera atropellada, retrocediendo un paso y señalando la multitud de personas que esperan en la entrada del Florida Night, una de las discotecas más chics del momento en

Madrid. De hecho, quería aprovechar la mayoría de edad para ver el local con mis propios ojos por primera vez.

No obstante, él hace caso omiso de mis palabras, me pasa un brazo por los hombros y tira de mí hacia delante.

—No te preocupes por eso, en cuanto estemos dentro ya no necesitaré tu ayuda —afirma, prácticamente arrastrándome junto a él. Y si bien al principio me resisto, es evidente que no tiene aquellos brazos simplemente de adorno.

Acepto a regañadientes, pero según avanzamos me doy cuenta de que está yendo por otro camino y de que nos alejamos cada vez más de las puertas.

¿Qué está sucediendo?

Un repentino sentimiento de peligro se adueña de todo mi cuerpo, poniéndome tensa.

Capítulo 6



Le doy un tirón a su camisa. Odiaría haberme equivocado al pensar que era una buena persona.

—Para —digo levantando la voz. Tengo que impedir como sea que me lleve a algún lugar donde no haya gente que pueda servir de testigo—. ¿Adónde vamos? —le pregunto, mirándolo y frenando en seco.

Me devuelve la mirada con gesto crispado.

—Nos va a descubrir, date prisa, por favor —vuelve a suplicar entre dientes igual que al principio.

Lo ignoro. Él resopla.

—Ni hablar —me niego rotundamente—. No hasta que me digas por qué estamos yendo por la parte de atrás y no por la entrada como cualquier persona normal. Ya te he ayudado lo suficiente. —Me cruzo de brazos y él me dedica una mirada salvaje que hace que el cuerpo se me llene de adrenalina.

—Bueno, eso es porque no estás con alguien normal —me suelta, con arrogancia y mostrando una sonrisa

descarada.

Dejo escapar un fuerte suspiro y giro la cabeza hacia un lado.

—Imbécil —murmuro.

—Perdóname —se disculpa de repente.

Mis ojos se abren sorprendidos.

—No, soy yo la que... —empiezo a decir, pero no logro continuar. Él no me lo permite.

Al instante, me veo empujada contra la pared del edificio y mi espalda se arquea instintivamente, amortiguando el golpe. Antes de que pueda quejarme o pedir ayuda, me tapa la boca con una mano y hunde la suya en mi clavícula desnuda.

Su aliento calienta mi piel, y una sensación de fuego parece quemarme entera. Los dedos de mis pies se encogen, y un sentimiento que hasta entonces nunca había experimentado adormece mis movimientos y vuelve todas mis reacciones lentas y torpes. El contacto es tan intenso y tan frágil al mismo tiempo...

Pero algo no va bien, o al menos no está funcionando como mi cerebro cree que debería ser. Es cierto que sus labios me tocan y que su respiración llega a rozarme con un leve cosquilleo caliente, pero nada más. Aun así, su cabeza se mueve como si estuviera haciendo algo *sexy* y sucio. Cuando quiero darme

cuenta, la función ha acabado y él ha retirado su mano de mi boca. Pero mi corazón sigue latiendo rápido y descontrolado.

—Se ha marchado —susurro sin apenas voz—. La chica ya no está —afirmo con mayor fuerza, recuperando poco a poco mi yo natural.

—Gracias —contesta realmente aliviado. Entonces me mira a los ojos y hace una mueca divertida que borra toda expresión de preocupación de su rostro. Me muerdo el labio inferior intentando frenar el temblor creciente que se ha adueñado de él—. ¡Eh! Estás toda roja. Oh, no... —Se pasa la mano por el pelo cuidadosamente desordenado y suelta

una carcajada—. Lo siento...
¿Esperabas que te diera un chupetón o...
que te besara? Yo nunca haría...

Le pego un tortazo con el que le dejo la huella de mis dedos estampada en la mejilla. «Ahora ya no seré la única con la cara roja», me digo.

—Eres un cerdo. ¿Cómo...? ¿Cómo has...? No, mejor no me lo digas. — Hablo demasiado rápido incluso para mí misma.

Ni siquiera sé por qué estoy tan nerviosa. Pero por un momento pensé... Me escurro de entre sus brazos, que seguían aprisionándome contra la pared, y empiezo a acelerar el paso dispuesta a iniciar una carrera. Pero entonces él tira

de mi codo y me detiene.

—¡Eh! No te vayas así —dice frotándose la zona que le he dejado marcada—. Tienes una buena mano. — Silba.

Suelto un bufido de disgusto.

—Eres un cerdo —repito—. No, un gran capullo —rectifico, muy crispada con este jueguito.

Veo que se remoja los labios y me observa ahora muy serio. Los ojos le brillan, aunque con tan poca luz es difícil intuir lo que le está pasando por la cabeza.

—Te he pedido perdón, ¿no? —se justifica, y da un paso adelante con la cautela reflejada en sus ojos—. No te

enfades, te compensaré —asegura, sacando algo de su billetera.

—Ni hablar, no hace falta que me pagues por el favor que te he hecho. Ahora estamos en paz —concluyo. Y añadido—: Ya no te debo nada. Y tú a mí tampoco.

Me observa contrariado.

—Creo que lo estás malinterpretando todo. Yo solo quería...

—Creo que lo has dejado bastante claro antes. Ya te has disculpado, ¿verdad? Y eso parece darte libertad para hacer lo que te venga en gana después. —Me suelto de su agarre tirando con fuerza—. Pero yo no soy ese tipo de chica. Así que vayamos cada uno

por nuestro lado y no volvamos a vernos. —Haciendo caso omiso de la expresión aparentemente confundida de su cara, le doy la espalda y echo a andar hacia la entrada—. No sé cómo he podido ser tan confiada —murmuro distraída mientras avanzo hacia la discoteca.

En cuanto llego, me pongo a hacer cola con el resto. Sin embargo, una sensación de abatimiento me impide estar tranquila. Tampoco ayuda tener que esperar sola entre tantas personas que van en grupo y se ríen de todo y nada en particular. Aburrída, saco el móvil y tecleo un mensaje para Marta; necesito al menos saber exactamente dónde se

encuentran para dar con ellos y no perderme.

De pronto, alguien me coge de la muñeca y tira de mí hasta que, entre los abucheos de quienes esperan en la cola, nos plantamos ante el mismísimo gorila de la entrada.

—¿Qué estás haciendo? —mascullo furiosa y avergonzada—. Voy a llamar a la policía...

—¡Eh, tío! ¿Cómo te va? —le dice alegremente el «chico aeropuerto» al puerta, un tipo fornido que lleva la cabeza rapada y los brazos llenos de tatuajes de colores, entre los que se distinguen varias serpientes tan reales que hacen que me recorra un escalofrío.

Les veo intercambiar un saludo de manos rápido y luego despedirse. No obstante, no se me escapa la sonrisa de complicidad «macho a macho» que se cruzan poco antes de que entremos, cuando creen que ya no los veo. Por supuesto, tendría que haberme imaginado que alguien como él, que escapa de «sus fans» con semejantes artimañas, anda por el Florida Night igual que si fuera su propia casa.

En cuanto estamos dentro, mis ojos revolotean por la sala con curiosidad infantil. La iluminación es increíble, nunca había visto algo tan mágico e irreal. Por encima de la música atronadora que inunda nuestros oídos

como una avalancha, solo puede oírse al hombre que habla al micrófono y está presentando al nuevo DJ. El público levanta las manos y da la bienvenida al sustituto del anterior DJ con vítores. Tengo una necesidad imperiosa de unirme a todos ellos, pero hay algo que no puedo olvidar. Cuando quiero darme cuenta, estoy gritando al oído del tipo que tengo a mi lado para dejarle claros todos los puntos.

—¿Por qué lo has hecho? —le recrimino.

Él me imita y se acerca a mí. Su boca roza la piel de mi oreja por un segundo, y yo me estremezco e inconscientemente contengo la

respiración.

—No soy ningún asesino ni ningún violador. —Sus palabras me transportan al mismo momento dos años atrás en el aeropuerto. Qué ilusa era en aquel entonces...—. Pareces una chica inteligente, así que deberías saber que a un sitio como este no se entra sola. ¿Puedes imaginar qué hubiera sucedido si en lugar de conmigo te hubieras cruzado con un mal tipo?

Pongo los ojos en blanco, aunque sé que, tal como estamos colocados y casi a oscuras excepto por las luces fosforescentes, él no puede verme. La música sube de volumen y me veo obligada a aproximarme más.

—Por favor, descríbeme qué es un buen tipo —me burlo.

Me muerdo la lengua, expectante. Él agacha la cabeza, con lo que su frente se apoya ligeramente sobre la mía. Me separo bruscamente, pero solo consigo que vuelva a acercarse todavía más que antes.

—Puedo enseñarte qué es un jodido pervertido que sabe cómo aprovecharse... —dice con voz grave— de chicas ingenuas como tú. —Y acto seguido me agarra de la cintura y me presiona contra él, provocando una explosión de mariposas en mi estómago, un estremecimiento que me recorre de los pies a la cabeza y sacude mi cuerpo

entero con muchas sensaciones al mismo tiempo, como si en cualquier momento me fuera a desvanecer allí mismo en sus brazos.

En ese instante varias personas más entran por la puerta empujándonos hacia delante, donde otras tantas bailan muy arrimadas, «demasiado», pienso antes de desconcentrarme al sentir una de las manos de mi acompañante en la nuca. Alzo la barbilla y veo relucir en la oscuridad su dentadura blanca y perfecta.

Capítulo 7



Blanca y perfecta...

Los focos pasan iluminándonos por un breve instante que se hace eterno, justo cuando la música se detiene e irrumpe otra canción, que surge enfurecida de los altavoces con la arremetida de un tambor de fondo. Mi

respiración se acompasa al ritmo, acelerándose con cada bocanada de aire que logro dar en medio de esa marea de sudor y frenesí. Y siento que esto es nuevo para mí, una emoción que me pone nerviosa y ansiosa, como si fuera la primera vez que estoy tan cerca de un chico. De pronto, veo como su cabeza va inclinándose lentamente y advierto una amenaza excitante en su mirada. Cierro los ojos con fuerza y noto su aliento cada vez más próximo, invadiéndome. Los labios me arden. Pero los minutos pasan y, ¡Dios mío!, no sucede nada. Al principio me limito a hacer un guiño tímido y luego me decido a descubrir qué le ha hecho detenerse.

Trago saliva, casi lo tengo encima, hasta el punto de que no veo nada aparte de él. Me observa de manera extraña, creo que incluso molesto, pero borra esa expresión en cuanto frunzo el ceño, y me saca la lengua en su lugar. Abro la boca sorprendida. Él se echa a reír, seguramente de mi cara de idiota, aunque el sonido de sus carcajadas no me llega, hay demasiado ruido.

—In-ge-nua —vocaliza en silencio con los labios, muy orgulloso de sí mismo.

Tira de mi mano y me lleva hasta la barra. Yo continúo en *shock*, me cuesta creer lo que acaba de suceder.

Cuando él consigue hacerse con un

sitio para ambos, le pego un empujón. La música cambia a una más tranquila y además allí está mucho más baja, lo que nos permite hablar.

—Eres un... —Levanto la mano muy enfadada, pero él me la retiene y guarda algo en mi puño, sujetándolo con firmeza.

Clavo la mirada en él.

—No me malinterpretes, guapa, pero no me van las de tu tipo —explica, descansando parte de su peso sobre la superficie metálica que tenemos a un lado y que nos separa de los camareros, que están enfrascados en una carrera de malabarismos imposibles para atender al público.

Una rubia de pechos grandes, y que no tiene reparos en pasearlos ante la mirada turbia de sus clientes, nos echa un vistazo con interés.

—¿Ah, no? Claro, supongo que ya tienes un «mejor» prototipo en mente, ¿verdad? —Él va a decir algo, pero le freno en seco, todavía no he terminado—. Déjame adivinar: ¿una muñeca desechable? —Me río sarcásticamente—. Como aquella morena, supongo.

Levanta la otra mano.

—No tan rápido, Sherlock. —Me da un repaso de arriba abajo y sonrío—. ¿Hay algo malo en reciclar y divertirse al mismo tiempo? —Se pasa la punta de la lengua por el labio inferior. Aún sigue

agarrando mi mano—. Yo nunca le miento a ninguna chica, ellas ya saben lo que hay antes de venir a mí.

—¡Oh, claro que no! Pero si vas a meterme en esto —le advierto, dando un paso hacia delante—, no sigas perdiendo tu tiempo en este antro conmigo, tengo amigos que me esperan. —Le apunto al pecho con un dedo y él juguetea con el *piercing* de su lengua distrayéndome por unos segundos—. No voy a quedarme sola, así que despreocúpate. Deja de hundirme hasta la mierda con tías que ni conozco, y sé tú mismo el que use esa cosa que tienes entre las piernas. —Bajo la vista significativamente—. ¿O es que solo la

llevas de adorno?

Suelta una ruidosa carcajada, que hace que se doble hacia delante y empuje sin querer a una pareja muy acaramelada.

—Lo siento, tíos —se disculpa, conteniendo apenas la risa.

Los otros dos nos miran como si estuviéramos más bebidos de la cuenta, y no me extraña: desde fuera cualquiera podría pensar lo mismo, estando donde estamos y hablando a voces. No obstante, no me pasa desapercibido que la chica, aunque ha vuelto a lo suyo, no aparta los ojos de mi acompañante, incitándole de mil formas diferentes con deseo y provocación, mientras su ligue

la toca por todo el cuerpo y le levanta una parte del top que lleva puesto. Sonrío incrédula.

—¡Oh, por Dios! —murmuro.

De repente, la frente del «chico aeropuerto» cae sobre mi pecho, sobresaltándome.

—Dime, ¿qué te hace a ti más especial que las otras? ¿Qué tienes tú para no entrar en la categoría de «muñeca desechable»? —se burla. Me remuevo incómoda. Obviamente, no tiene intenciones de largarse y dejarme sola tan pronto. No mientras siga proporcionándole diversión—. ¿Es que mis innumerables y variadísimos encantos no surten efecto en ti?

—Tengo novio —digo sin más.

—Bueno, y yo tengo algún rollo.

Encantando de conocerte, seamos amigos —dice alzándose en toda su estatura, casi dos cabezas por encima de mí. Agita la mano y por fin me la suelta. La abro y veo varios vales para consumiciones gratis en el Florida Night —. Me hubiera gustado podértelos dar antes, pero creo que pensaste que te iba a compensar con dinero, ¿no?

«Tierra, trágame. ¿Cómo he podido ser tan tonta?».

—Puedes usarlos con tus amigos, si quieres —continúa en tono amistoso—. A mí no me hacen falta.

Siento que voy a explotar.

—¡Genial, ahora debes de estar pasándotelo bomba al verme como una estúpida!

—Fantástica y muy divertida, pero no estúpida. —Lo ha hecho, ha utilizado las mismas palabras de hace dos años.

Mi expresión cambia por completo.

—Te acuerdas de mí, ¿verdad? — Hago una pausa intentando descifrar su semblante tranquilo—. Hace dos años, en el aeropuerto... ¿Café? —añado dudosa al notar que no reacciona.

—¿Nos conocemos de antes? — pregunta al fin, rascándose la coronilla con aire despistado—. ¿Es que ya me he liado contigo alguna vez? —Hace un gesto de preocupación, como si

estuviera repasando algún tipo de lista —. Oye, si te has imaginado algo más, lo siento. Eres una monada pero...

—No —casi grito—. ¿De verdad no te acuerdas de mí, de que me salvaste de aquel tipo cuando le arrojé todo mi café encima? —Sus ojos no transmiten ninguna emoción—. Dijiste que si volvíamos a encontrarnos, fuéramos amigos —insisto, cada vez más ansiosa.

No me importa si es un completo ligón. Al menos quiero pensar que esa persona que me ayudó unas horas antes de que mi vida cambiara por completo, esa persona con la que aún me siento agradecida, sigue allí dentro.

En ese instante, aparece un chico

moreno unos centímetros más bajo que mi acompañante. También él tiene una apariencia imponente, aunque a diferencia del otro, viste de modo más formal y acorde con el sitio, lo que produce un gran contraste entre los dos.

—Tío, te estaba buscando. Sara está como loca con el último DJ. La ha dejado plantada y no encuentra a nadie más que ocupe su lugar. —Parece apurado e incluso agobiado.

—Ni hablar, yo esta noche paso. Estoy ocupado —dice el otro señalándome.

Su amigo me mira y extiende una mano como disculpa.

—Perdona, preciosa. No te había

visto. ¿Te llamas...?

Ambos me observan con gran interés.

Cierto, ni siquiera le he dado aún mi nombre al «chico aeropuerto». Lo que me recuerda que yo tampoco sé el suyo.

—¡Carlos! —Es la voz de Marta, que acaba de aparecer por detrás del aludido—. Vas demasiado rápido, apenas podía seguirte —le regaña con un empujón coqueto. Luego mi amiga se queda parada al verme y el color se le va de la cara—. ¡Beca! —grita lanzándose sobre mí, que me echo hacia atrás al recibir su peso—. ¡Beca, por Dios! ¿Dónde te has metido todo este rato? —Y en un susurro en mi oreja dice

—: ¿Y cómo es que conoces al famoso Alex Kirov?

Capítulo 8



—Ni siquiera sabía que se llamaba así —le digo a Marta entre dientes.

—Baño —responde mi amiga.

Ese es nuestro código secreto, así que cuando Marta cruza su brazo con el mío y se despide de los chicos sin darme tiempo a decir ni una palabra, simplemente la sigo. Alex y Carlos nos miran desconcertados. No obstante,

Alex se recupera rápido y agita una mano en el aire haciendo un puchero infantil. Sonríe.

—Idiota —murmuro.

—¿Qué? —pregunta mi amiga dándome otro tirón para que acelere la marcha.

La música suena de nuevo demasiado alta.

—No tan rápido —pido a Marta, que aunque lleva unos tacones de aguja más altos que los míos, no parece tener ningún problema para avanzar apartando a la gente de nuestro camino sin tropezar con nada.

Luce un vestido de banda rosa que apenas le cubre la mitad de los muslos y

lleva el pelo suelto, que se ha alisado especialmente para esta noche. Yo me he limitado a hacerme una coleta. Tampoco me pasa por alto la cantidad de maquillaje que lleva encima, todo lo contrario a mí, que solo me he lavado la cara y me he puesto la crema nutritiva de mi madre, además de un poco de cacao en los labios. Lo cierto es que, viéndola así, me sorprende que hayamos mantenido nuestra amistad durante tanto tiempo.

En cuanto nos encerramos en uno de los lavabos, se da la vuelta y me mira.

—No puedo creer que hayas tenido los huevos de venir con tu coletita de siempre, tía, y sobre todo cuando tienes

al lado a uno de los tíos más calientes del Florida. Será mejor que, al menos por una vez, te sueltes el cabello. No queremos que piense que eres una mojigata.

Bufo.

—No lo necesito. Y ya estoy perfecta como voy, gracias —me defiendo. Marta se queda en silencio—. Con la coleta no se me viene el pelo a la cara —añado justificándome por el lado práctico.

Mi amiga no parece muy convencida. Levanta una mano condescendiente.

—Está bien. ¿Qué tal si te desabrochas un botón más de la blusa?

—sugiere con ojos brillantes—. Eso será suficiente para que Alex no se fije en el resto.

¿En el resto? Me siento enrojecer.

—Tengo novio, Marta. ¿Es que lo has olvidado? —le digo, manteniéndome calmada—. Además, la blusa está todo lo abierta que debe estar. —Después de todo, aún no puedo olvidar como aquel chico, Alex creo recordar que lo ha llamado Marta, me ha rozado el cuello con sus labios de forma descarada y sin permiso. Si enseño más, lo malinterpretará.

—¿Y qué pasa con tu cara? ¿Es que solo la has metido bajo el grifo? Lo mínimo es que te hubieras puesto algo

de máscara de pestañas, y creo que no...
—Se acerca y me coge del rostro, examinándolo con atención—. No, está claro que ni eso llevas. A ver, déjame mirar en el bolso.

—¡Para! Te repito que no lo necesito. Ya estoy saliendo...

—¿Con Miguel? ¡Ja! ¿Y dónde está el rey de la hamburguesa ahora mismo? ¿Metiendo en salsa el pepinillo?

La grave acusación que encierran esas palabras hace que me enfade de verdad.

—Ya vale. ¡Deja en paz a Miguel!
—Marta me observa frustrada. Me recojo un mechón suelto tras la oreja—. Se fue al coche a atender una llamada...

Ya debería haberse reunido con vosotros hace un rato. —Mi amiga abre los ojos y me dice con su silencio lo que no se atreve a decir con palabras por miedo a que me moleste más con ella—. Pero ya veo que no —concluyo.

—Prácticamente nos hemos quedado solas, amiga. Óscar se largó corriendo y sin dar ninguna explicación poco antes de que tú y yo nos encontráramos. Parecía tener mucha prisa —murmura pensativa—. Laura está de guarrona con un tío guiri que ha encontrado por ahí y que no habla ni una palabra de español. Bueno, si no contamos «cerveza», «tapas» y «olé». Esas se las sabe muy bien.

—¿Y Xavi? —pregunto demasiado sorprendida. Se suponía que íbamos a celebrar mi cumpleaños, y nada estaba saliendo bien.

—Bueno, a él ni siquiera le han dejado entrar porque llevaba deportivas, así que sencillamente se ha dado media vuelta.

—¿Y le habéis dejado irse sin más? —Me apoyo en la pared y me sujeto la frente con una mano.

—Tranquila, de todos modos no iba a poder quedarse mucho tiempo. Su padre está mal en casa y necesitan el coche. —Suspiro—. Bueno, no te desanimes. Todavía puedes divertirte. Al fin y al cabo, tienes al alcance al

bombón más *sexy* de este sitio, ni más ni menos que al inalcanzable Alex Kirov. Y no me engañes, que he visto cómo lo miras, así que...

—No sigas, ¿vale? —la interrumpo—. Sabes que estoy pillada.

Marta me dedica una mirada cómplice que, estoy segura, no trae nada bueno consigo.

—Venga, ¿te acuerdas de lo que te dije sobre que no podías saber si Miguel era el mejor si antes no habías comparado con otros? Prueba al Dios del sexo esta noche, solo un beso, y te juro por nuestra amistad que yo no diré nada.

—¡Estás loca!

Le pego un empujón amistoso y las dos nos echamos a reír.

—Creo que primero debería ir a buscar a Miguel. Tal vez le haya ocurrido algo o no le hayan dejado entrar, como a Xavi —digo pensativa.

—Si así fuera, ya te habría llamado al móvil, ¿o me equivoco? —Hace una pausa a la espera de que yo conteste. Echo un vistazo, no hay ni una llamada perdida de él, tampoco mensajes—. ¿Y no será que se ha echado atrás?

Dan varios golpes a la puerta, interrumpiéndonos.

—¡Joder, que nos hacemos pis! —dice alguien metiéndonos prisa desde el otro lado.

Marta devuelve los golpes y añade una patada con su clásica firma: iros a la...

—Pues méate en la papelera, bonica, y luego límpiame esa sucia lengua que tienes en el lavamanos —contesta antes de que yo pueda taparle la boca cuando nos amenazan con hacer uso del cubo de la basura para vaciarlo sobre nuestras cabezas.

—Marta, acompáñame a la salida a buscarlo y luego hablamos —digo retomando el hilo de nuestra conversación y renunciando a hacerla callar.

Por otro lado, no se me ha olvidado la seria advertencia de Alex sobre los

peligros de ir sola por el Florida Night.

Mi amiga me echa un último repaso antes de abrir el cerrojo.

—En fin, lo que tú digas.

Capítulo 9



Marta tira de mi mano, apartando al trío que nos espera al otro lado de la puerta con pose amenazante, y acelera el paso antes de que puedan decirnos algo más o incluso echársenos encima.

—¡Zorras! —les grita, haciéndoles un corte de manga justo cuando estamos a punto de irnos del baño.

De inmediato y sin mirar atrás, saco

a Marta haciendo uso de toda mi fuerza y voluntad.

—¡Estás loca! —voceo entre risas.

—Se lo merecían —dice mientras empuja a una pareja que nos impide el paso—. ¡Malditos tacones! Me están matando...

—¿Qué? No te oigo —le contesto.

Aprovechando el gentío, un tipo intenta agarrarme del culo y yo me defiende clavándole el codo. Él cierra los ojos con el dolor marcado en la cara y me suelta.

Cuando llegamos a la entrada, ambas lanzamos un suspiro de alivio.

—¿Cuándo ha entrado tanta gente en este sitio? —digo recolocándome la

blusa de nuevo dentro de la cintura del pantalón.

—En fin, llámalo —me insta Marta, y sin pedir permiso se pone a hurgar en mi bolso.

—Vale, vale. Espera —respondo mientras le aparto las manos y saco el móvil yo misma.

A la vez que marco, busco el coche de Miguel con la mirada. No está donde lo aparcamos, pero antes de alarmarme y hablarle de mi descubrimiento a Marta, dejo que suenen los primeros tonos de la llamada.

—No contesta, ¿verdad? Hijo de...

—¿Miguel? ¿Dónde estás? No veo tu coche por ningún lado. —Se oye una

respiración agitada de fondo—.
¿Miguel?

—Hola, Beca —contesta al fin una voz diferente de la que yo esperaba.

—¿Óscar? —Marta me mira levantando una ceja y yo le respondo con otro gesto interrogante—. ¿Qué haces tú con el móvil de Miguel? ¿Ha ocurrido algo? ¿Qué es ese ruido que se oye?

Mi amiga se acerca y me pone una mano en el hombro, parece igual de preocupada que yo, o incluso más.

—Tuve una emergencia. Cuando salí me encontré a Miguelín y le pedí que me llevara a casa. Perdona que no podamos quedarnos a tu cumpleaños —se

disculpa. Hace una pausa y suelta un gemido—. Lo siento, tengo que dejarte.

Me quedo sujetando el móvil durante unos segundos más, a pesar de que Óscar ya ha colgado. ¿Qué ha sucedido?

—Parece que a Óscar le ha pasado algo más serio de lo que creíamos — comenta Marta.

Intercambiamos unas miradas.

Guardo lentamente el teléfono en su sitio y me recoloco la coleta con un sentimiento de intranquilidad frustrante.

—¿No crees que deberíamos acercarnos a su casa? —propongo—. Después de todo, ya no tiene mucho sentido seguir aquí.

—Supongo que podemos retrasar tu

fiesta de cumpleaños para otro día... Aunque no veo razón para que no nos quedemos un rato más —insinúa. Claro, está pensando en su nuevo ligue—. Sería una lástima que no pudiera poner en práctica nuestro plan Hot Dog.

Al oír de nuevo la combinación de «perrito caliente» en inglés, me imagino el resto y logro relajarme un poco. No obstante, no se me quita de la cabeza que debemos hacer algo por Óscar.

—Vayamos a buscarlos —insisto, mientras juego con la tira de mi bolso—. Como amigos cercanos que somos, deberíamos apoyarnos en los peores momentos.

—A pesar de que me parece una

pésima idea, tampoco podría concederte ese deseo. ¿En qué coche vamos a ir, cielo? Tu chico nos ha dejado tiradas.

—¿Tiradas? ¿Y puede saberse cómo llegaste tú aquí? —pregunto sorprendida.

—Me trajo Carlos —explica tan bajo que apenas logro oírla—. ¡Oh, tía! Ni te atrevas a seguir mirándome así. No vas a convencerme de que se lo pida. Ni siquiera sabemos con certeza si el imbécil de Óscar está tan mal como dice o está en su casa.

—¿Quién está en su casa? —pregunta con curiosidad una voz a nuestras espaldas.

—Carlos, ¿qué haces aquí? —dice

mi amiga, mostrando una sonrisa nerviosa. Debe de gustarle de verdad, si ha perdido todo su descaro con tan solo oír su voz.

Me fijo en que no está solo, viene acompañado de Alex. No puedo evitar notar lo bueno que está embutido en esos pantalones rotos, incluso si ha abandonado su singular rubio ceniza. ¿Por qué se cambiaría el pelo de color?

—Estaba acompañando a Alex a la salida, se marcha —explica con un sentimiento de lo que intuyo falso rencor—. Y ahora iba a buscarte. ¿Ya os vais? —dice alarmado, echándonos un rápido vistazo a ambas—. Yo aún no puedo irme, tengo trabajo aquí.

—No, es mi amiga Beca la que quiere marcharse —contesta Marta como si quisiera morderme.

—Estoy preocupada por un amigo —me justifico, dándole a Marta un pequeño empujón de lado—. Creo que podría haberle ocurrido algo grave, pero nos han dejado tiradas, y no tenemos medio de transporte para acercarnos a verlo —dejo caer esperanzada.

Carlos se pasa una mano por la cabeza, pensativo, y entonces sonrío.

No sé si me va a gustar lo que va a decir.

Capítulo 10



—Es muy tarde para que vayáis vosotras dos solas por ahí, y además tú —dice dirigiéndose a mi amiga— todavía quieres quedarte un rato, ¿no?

Marta da un paso hacia delante y desliza una mano por el torso de Carlos, cubierto únicamente por una sencilla camisa de vestir recogida en las mangas por los codos, e introduce uno de sus

dedos de manicura perfecta por la zona desabotonada, jugando a hacer circulitos en el pecho de él.

—¿Tienes algún plan que me incluya? —pregunta en tono coqueto mi amiga.

Carlos sonrío, pero su expresión sociable se ha transformado en otra oscura y traviesa. Baja la cabeza y le susurra algo a Marta que yo no llego a oír y a ella la hace reír. De repente, una envidia que no había conocido hasta ahora hace que me haga a un lado, incómoda.

—Claro, nena, tengo un gran plan y se titula: tú y yo, esta noche.

Se oye una escandalosa tos mezclada

con una risa masculina mal disimulada.

—Bien, entonces eso significa que yo estoy fuera del cuadro. ¡Me voy al catre! Y tío, controla —se despide Alex, hablando por primera vez desde que nos hemos vuelto a encontrar.

Luego nos dedica una rápida mirada a todos nosotros y se cubre los brazos como si sintiera frío.

—Si tanto frío tienes, ¿por qué no te pones un puto abrigo de una vez, eh, tío? —Alex le da la espalda a su amigo y comienza a marcharse agitando una mano en el aire—. Espera —le detiene Carlos—. ¿Por qué no llevas a...?

—Rebeca —se apresura a decir mi amiga. La miro con ojos asesinos, ella

me envía un beso.

—Mejor Beca —la corrijo, aclarándome la garganta—. Y no hace falta que me lleve, puedo llamar a un taxi. —Hago un cálculo mental del dinero que eso se llevaría de mis ahorros. «Ni hablar. Tiene que haber por aquí algún metro cerca», pienso—. Además, tampoco quiero ser una molestia.

—Rencorosa... —dice Alex moviendo los labios en silencio, de modo que yo soy la única receptora del mensaje. Aprieto los labios; es la segunda vez que hace eso—. No me importa llevarla —añade en voz alta. Carlos y Marta lo miran agradecidos. Yo

no salgo de mi asombro; debe de estar tramando algo.

—Pero Laura aún...

—Deja que yo me encargue de ella —intercede mi amiga rápidamente con un rostro medio suplicante, medio sonrisa postiza.

Tiro de la correa de mi bolso al ver que me estoy quedando sin argumentos; sin embargo, siento que no puedo esperar a comprobar qué ha ocurrido con Óscar. No solo eso; es puro instinto, algo que no puedo describir con palabras.

—¿Vienes o te quedas? No tengo todo el día —me apremia Alex recolocándose los cascos con

aburrimiento. Me dedica una breve pero intensa mirada que me pone la piel de gallina—. Está bien, me largo.

Cierro los puños y me muerdo el labio inferior.

—Espérame —le pido, poniéndome a su altura.

—Lámame cuando sepas algo —grita mi amiga con una sonrisa cómplice.

Pero yo acelero el paso al ver que Alex no se detiene. Caminamos hasta que llegamos a una furgoneta destartalada que parece un viejo con achaques de tos.

Trago saliva y decido dirigirme hacia el lado del copiloto sin hacer ningún comentario sobre el vehículo,

pero antes de que pueda tocar la manilla, Alex coge mis dedos y me echa hacia atrás.

—Solo un momento —se disculpa amablemente.

Yo me limito a asentir; el calor de su piel envía corrientes eléctricas por toda mi extremidad, impidiendo que diga o haga nada más.

Alex le da un golpe seco a la puerta seguido de una patada y de algún modo consigue abrirla. Estoy muy preocupada, bastante.

—Listo, ya puedes pasar —me anuncia, volviéndose hacia mí. Observo el vehículo con desconfianza. Ni siquiera ha utilizado una llave, aunque

supongo que no tiene miedo de que le puedan robar su joyita—. Tranquila, a pesar de su aspecto esta pequeña es de lo más sólido y cariñosa. —Palmea la furgoneta con una sonrisa de orgullo casi paternal.

Por mi parte, no estoy muy segura de si quiero que compruebe hasta qué punto es fiable el vehículo.

—Tienes el seguro al día, ¿verdad?

Estoy a punto de pedirle que me enseñe también su carné de conducir, pero me reprimo.

—Tengo la seguridad de que llegarás a salvo a tu casa —responde, mostrándome su encantadora dentadura blanca. Siento ganas de taparme los ojos

ante aquel despliegue de luminosidad carismática—. ¿O prefieres conducir tú? —se burla.

Me quedo quieta escuchándolo, ha marcado las erres con más fuerza que el resto de las consonantes.

—No tengo el permiso de conducir —confieso en un murmullo pasando a su lado para sentarme dentro.

Noto como pone una mano por encima de mi cabeza para que no me la golpee con el marco. Inevitablemente, empiezo a comparar cada detalle o gesto con Miguel. ¿Por qué me ha dejado sola el día de hoy? Sé que Óscar es su mejor amigo desde que iban a parvularios, pero yo soy su novia. Tomo una

bocanada de aire, y un fuerte olor a óleo me invade todos los sentidos y me deja aturrida durante unos instantes.

—¿Estás bien? —se preocupa Alex inclinándose sobre mi cara—. Siento que huela tanto a pintura; creo que yo ya estoy insensibilizado.

Está demasiado cerca, y gracias a la luz de una farola que tenemos justo enfrente puedo percibir todos sus rasgos faciales con mayor intensidad. Bajo los ojos tiene una suave media luna en sombra que le profundiza la mirada y que hace que sus azules iris no parezcan tener fondo. Pestañeo confundida.

—¿Estás bien? —repite con el ceño fruncido—. Puedo bajar la ventanilla si

te molesta mucho, aunque hace un viento de mil demonios. —Hace una pausa al tiempo que se frota el cuello por detrás —. Creo que hay una manta por ahí...

Le detengo cogiéndolo de la mano.

—Ha sido solo un ligero mareo.

Él hace un ruidito de asentimiento y se queda muy quieto. Baja la vista hacia la mano que le estoy sujetando. Yo se la suelto de inmediato, como si hubiera sentido un calambre.

—Lo siento.

Me sigue mirando y entonces comienza a acercarse. Cuando está a tan solo unos milímetros, alarga un brazo y rescata unas llaves de detrás de mi asiento. Con una sonrisa perversa, me

saca la lengua. No puedo evitar fijarme en el *piercing* redondo y plateado que la atraviesa. La boca se me seca.

—¡Eh! ¿En serio tienes novio? —me pregunta Alex despertándome del trance.

Me ruborizo al oírlo y le pego un empujón. Tenerlo tan cerca me pone nerviosa.

—Tengo el mejor novio del mundo —presumo, a pesar de que esta noche creo en mis palabras mucho menos que esta mañana.

—¿De verdad? —dice en tono divertido.

Se termina de echar hacia atrás dejando la pregunta en el aire y ocupa su lugar en la furgoneta. En cuanto enciende

el motor, gira la cabeza hacia mi lado.

—Y bueno, ¿adónde tengo que llevar a la señorita?

Le indico la dirección y enseguida nos ponemos en marcha. Aprovechando el silencio, intento varias veces llamar a Miguel, pero sigue sin cogermelo el teléfono, así que pruebo con el de Óscar, pero no hay manera. Estiro y encojo los dedos, pero la tensión no desaparece.

—Hoy era tu cumpleaños, ¿cierto?
—La voz de Alex suena tranquila.

—Sí —respondo. Miro pasar los edificios por la ventanilla. Todas las tiendas están cerradas a estas horas, excepto los veinticuatro horas y algún que otro negocio.

—Veo que no estás muy emocionada.

Cumplir años no debe de sentarte bien.

—No soy ninguna vieja, tengo dieciocho años —salto, y me arrepiento al instante.

Acabo de darle un dato importante sobre mí misma.

—Ya veo —dice relamiéndose el labio inferior.

—¿Y tú? ¿Estudias pintura? —digo cambiando de tema.

Quiero que siga hablando, para poder oír ese acento suyo tan especial que ahora que estamos solos no se molesta en disimular.

—Un poco...

Infla los carrillos y gira el volante

hacia la izquierda, dejando de lado la zona comercial.

—¿Podrías dibujarme a mí? — propongo sin pensar. Y acto seguido me muerdo la lengua por mi estupidez.

—Podría...

—¿De verdad?

Estoy sorprendida, no creía que iba a ser tan fácil convencerlo.

—¿Posarías desnuda?

Acabamos de detenernos en un semáforo en rojo. ¿Qué ha dicho?

—¿Serías capaz de pintar a alguien sin ropa y seguir concentrado? —le respondo siguiéndole el juego—. Lo dudo —me contesto a mí misma con diversión.

Alex me echa una mirada que no sé qué significa exactamente.

—¿Eso quiere decir que estarías dispuesta a probarlo?

Siento como el corazón me da un vuelco justo en ese preciso momento.

Capítulo 11



Seguramente no he oído bien.

—¿Cómo?

—¿Estarías dispuesta a probarlo? —

repite amablemente.

Mis manos se agarran con fuerza al cinturón de seguridad, pero tampoco así logro calmarme, y mucho menos despejar mi mente.

—Tendría que pensarlo... —digo

rehuyendo la respuesta.

¡Qué diablos! No era eso lo que quería contestar.

El semáforo se pone en verde y avanzamos por una calle estrecha, a tan solo unos metros de la casa de Óscar. De repente algo me llama la atención, algo situado justo en la zona en obras, donde están restaurando la fachada de un edificio bastante antiguo que ahora se alza cubierto por redes verdes y una especie de estanterías metálicas de color amarillo.

—Frena —digo más alto de lo que pretendía.

Alex obedece de inmediato y yo, sin siquiera despedirme, abro la puerta,

salgo al exterior y echo a correr llevada por un extraño presentimiento.

—Espera a que aparque —le oigo decir a Alex, como en un zumbido lejano.

Pero yo no le hago caso y sigo avanzando, ignorando el dolor punzante que me producen los zapatos de tacón. Sin duda, acabo de ver el coche de Miguel. Compruebo la matrícula y levanto la vista. Las ventanas están empañadas y hay manos apoyadas en el cristal. «Debo serenarme», me digo. Doy un paso más hacia delante, temblorosa, y termino de recorrer la distancia que me separa de la puerta del conductor. Recuerdo en ese mismo

instante que dejé mi gabardina dentro del coche antes de ir al Florida. Me recorre un escalofrío, pero no hago ningún movimiento de cubrirme la garganta. Lentamente, acerco la manga de la blusa a la ventanilla y comienzo a limpiarla para ver mejor en el interior, mientras me viene a la mente la advertencia de Marta, planteando la posibilidad de que Miguel pudiera estar con otra chica al mismo tiempo que conmigo. Froto y sigo frotando, y lo que veo me deja anonadada.

Retrocedo unos pasos, horrorizada.

—¡Dios mío! —murmuro cubriéndome la boca. Siento un repentino nudo en el estómago y unas

inmensas ganas de vomitar—. No puede ser.

Justo en ese momento, Alex aparece por detrás de mí haciendo algunos comentarios sobre mi precipitada huida que no llego a entender bien. Miro al interior del coche y los ojos de Óscar se cruzan con los míos a través del cristal. Veo como su gesto de placer se borra de inmediato y como la cabeza de mi novio se aleja de la entrepierna de sus pantalones con una sonrisa ida y con los labios hinchados, esos labios que yo misma he besado con cariño y amor durante dos años.

—¡No! —grito, y siento como si me desgarrara por dentro.

Me llevo una mano al pecho y alguien me sujeta por detrás.

—Oye, ¿estás bien?

Entonces se queda callado y dirige su mirada al mismo punto que yo unos momentos antes. Sé que lo ha visto y que ha sacado la misma conclusión que yo a pesar de haber llegado un poco más tarde y haberse perdido el espectáculo.

Mi respiración se ha vuelto entrecortada.

—Tranquila.

—Sácame de aquí, por favor —le pido con una voz que no es la mía.

Apenas noto cuando Alex pasa su brazo protector sobre mis hombros y tira de mí hacia delante. No dice nada;

sencillamente, me ciñe más contra su cuerpo, ejerciendo pequeñas presiones que producen un efecto casi hipnótico en mí. De repente, me llega el ruido de un portazo y oigo que pronuncian mi nombre. Tiro de la camisa de la persona que está a mi lado. Ahora mismo no tengo valor para verle la cara a Miguel. Suelto un gemido.

—Que no te vea llorar —me advierte en un susurro Alex. Trago saliva y me paso la mano por la nariz—. Cuenta hasta tres y respira hondo —me aconseja. Su murmullo tiene sobre mí un efecto sedante y logro recomponerme en un tiempo récord—. ¿Ahora ya estás preparada?

Respiro profundamente una vez más y asiento.

—Solo un momento —digo más para mí misma que para él.

Alex inclina levemente la cabeza y los dos nos volvemos para enfrentar al infiel de mi novio y su amante. «Amante»: suena tan mal esa palabra... Demasiado adulta y seria.

—Beca... —Su lastimosa voz me rompe en mil pedazos, pero gracias a la cercanía de Alex me mantengo firme—. Lo siento.

—Preferiría que hubieras dicho: «¡Feliz cumpleaños, Beca!».

—Quería decírtelo, cariño...

Por su expresión descompuesta, sé

que no se refiere a la felicitación. Óscar parece confuso. Su mirada va sucesivamente de Miguel a mí como si intentara hacer un puzle inexistente, mientras nosotros jugamos un partido de tenis en una dimensión paralela.

—¿Miguel? —pregunta Óscar.

—Creo que a ti también te debo una disculpa —dice mi novio volviéndose hacia él.

—¿Qué quieres decir? —Tira de su brazo.

—Beca y yo salimos desde hace dos años —confiesa.

Esas son las palabras que llevo esperando oír de su boca durante tanto tiempo. Jamás imaginé que sería de esta

manera.

—Beca, perdóname —me suplica, con lágrimas en los ojos.

—¿Cómo voy a perdonarte? —digo sin pensar.

Alex aprieta mi hombro. «No llores», me digo a mí misma.

Miguel mira a Alex como si lo viera por primera vez; de pronto, toda su tristeza se esfuma, y en su lugar aparece una expresión de recelo.

—¿Quién es ese tipo que no se despega de ti, Rebeca? —me pregunta celoso.

—¿Por qué no me lo preguntas directamente a mí? —responde el aludido.

Me fijo en que Alex observa a Miguel con una calma fría.

—¿Quién eres? —repite Miguel modificando su pregunta.

—No te lo voy a decir —contesta Alex con una sonrisa que ensombrece a los otros dos—. Pero acuérdate de mi cara. —Da un paso adelante con el rostro tenso y me suelta—. Voy a aprovechar esta oportunidad que me has dado esta noche para hacer que te arrepientas el resto de tu vida, gilipollas. —Dándoles la espalda, regresa a mi lado y acerca su boca a mi mejilla—. Vámonos, preciosa, no tenemos nada más que hacer por aquí.

Capítulo 12



—¡Oh, Beca! Por favor... —Miguel parece arrepentido.

Inevitablemente, pienso en la opción de hacer como que no he visto nada y empezar de nuevo con mi novio.

—¿Rebeca? —me llama Alex.

Pestañeo despertándome. Estoy tan agotada...

Niego con la cabeza y deajo que sea

la mano de Alex la que me conduzca de regreso al coche.

—¡Beca, mi amor! —grita Miguel, sumido en el llanto.

Me estremezco y tiro de la camisa de Alex; de algún modo, me resulta reconfortante.

De repente, Miguel se planta delante de nosotros y nos corta el paso.

—No te dejes engañar por este tipo, mi amor.

Me tapo la cara y tiro de mi pelo sin querer; se me sueltan varios mechones de la coleta.

—¿Por qué no ves la realidad? Eres tú la persona en la que confío..., en la que confiaba —me corrijo, y me río por

dentro de mis propias palabras—, y mira lo que me has hecho. —Tengo que irme o vomitaré allí mismo toda la tortilla de patata de mi madre.

Veo que intenta tocarme, pero yo retrocedo, buscando la seguridad en el cuerpo de Alex.

—Las manos quietas —le advierte este a Miguel con voz cortante.

—Tú no te metas en esto, joder — replica Miguel—. Esto es un asunto entre ella y yo.

Alex se acerca más a mí, haciendo que instintivamente me refugie en él. Absorbo todo el calor que desprende su cuerpo, estremeciéndome por un momento. Observo inquieta la reacción

de Miguel, que no le quita los ojos de encima. No obstante, Alex comienza a hablarme como si Miguel no existiera.

—La furgoneta está aparcada en la calle paralela a esta, justo al girar la esquina de enfrente, junto a la churrería. —Espera a que asimile toda la información antes de seguir—. Ve y adelántate —me exige con una voz grave que me produce un escalofrío.

Parece verdaderamente enfadado.

—Pero...

—Ve —repite en tono imperativo, pero su expresión cambia al mirarme, y acaba suavizando la orden con una sonrisa conciliadora.

Me lanza las llaves, las cojo al

vuelo y echo a andar, haciendo caso omiso de las incesantes súplicas de Miguel.

Lo último que veo es que Alex impide que me siga agarrándole de los hombros, lo cual agradezco enormemente. Más tranquila, comienzo a hacer mis cálculos: Alex tiene un cuerpo más entrenado y atlético, y por añadidura es una cabeza y media más alto que mi novio, así que sé que no le supone ningún esfuerzo retenerlo. La diferencia entre ambos es notoria en todos los sentidos.

Cuando llego a la furgoneta, me dirijo hacia el lado del copiloto y encajo la llave en la cerradura, pero esta

no cede ni un milímetro.

—¡Genial! —maldigo cabreada. En ese momento recuerdo cómo abrió la puerta Alex y decido imitarlo; la golpeo, pero me dejo el puño en el metal—. ¡Ah! —gimo, sintiendo un dolor agudo en la muñeca que se extiende rápidamente por el brazo—. No puede ser... ¡Maldita sea! —murmuro—. Es un asco —me lamento, y comienzo a darle patadas al vehículo esperando que se abra en algún momento—. Un verdadero asco. ¡Idiota! ¡Imbécil! —El tacón de aguja que llevo en el pie derecho hace un ruido extraño; me detengo, me saco el zapato y compruebo que está prácticamente roto—. ¡Oh, no! Esto es

una auténtica porquería. ¡Te odio! — grito entremezclando las lágrimas con mi voz.

De pronto oigo sonar un aplauso, seguido de otro más apagado y un último casi inaudible.

—Pensaba llevarte a un sitio como esos de las películas, en los que la protagonista grita a todo pulmón cuánto aborrece el mundo, teniendo a su lado al chico del que terminará enamorándose... —ironiza Alex. Hace una pausa y me mira de arriba abajo con expresión indisimuladamente divertida —. Pero veo que ya te has encargado tú solita de todo.

Siento que me ruborizo ante sus

palabras.

—Esto ya era demasiado vergonzoso sin necesidad de que me vieras en ese estado —digo, revelando mis pensamientos.

Me dejo caer sobre la puerta del coche completamente abatida, y me quito el zapato que aún llevaba puesto para colocarlo junto al otro a mi derecha. No sé cómo voy a decirle a Marta que me he cargado su regalo de cumpleaños. Cierro los ojos y descanso la nuca.

—Ha sido entretenido.

Reprimo una carcajada ante su inesperado comentario. ¿Quiere hacerme reír? El labio me tiembla y solo deseo

llorar. No quiero que esta noche acabe así: pasar de Cenicienta a Pulgarcita, perdida en medio de una naturaleza que me abrumba con su inmensidad.

—Ha sido el peor día de mi vida —replico—, y ni siquiera he podido emborracharme, ahora que soy mayor de edad.

—Todavía estás a tiempo.

Abro los ojos y levanto una ceja. Alex se ha sentado a mi lado, lo que me permite ver que de la comisura izquierda de la boca le cae una gotita de sangre.

Me pellizco el labio inferior preocupada.

—¡Dios mío! —digo con voz queda

—. ¿Estás bien? Y ellos...

—Acabo de chuparles la sangre a tu novio y a su amante, así que ellos están peor —contesta con una mueca, enseñándome los colmillos. Yo ni siquiera me inmuto—. Bueno, supongo que no tiene tanta gracia —continúa, mientras tira de uno de los hilos que salen de las aberturas de sus pantalones.

Me reprimo para no detenerlo. Rebusco en mi bolso y saco un pañuelo de papel y una caja de tiritas que siempre llevo conmigo. Con cuidado, me giro de lado sobre las rodillas y me acerco a Alex para limpiarle la herida del labio. Él se retira instintivamente moviendo la cabeza hacia el lado

contrario y me observa con recelo.

—Quédate quieto, solo voy a curarte eso —le explico con calma.

No dice nada, así que lo interpreto como una respuesta afirmativa y vuelvo a intentarlo. Esta vez Alex deja que me encargue de él mientras sigue todos los movimientos de mis manos con sumo interés. Ahora la noche está más fría y puedo ver el vaho que sale de su boca al respirar. Parece inquieto con cada roce de mi dedo en su piel. Me aparto un momento para coger una de las tiritas, con estampado de frutas, de la caja. Él frunce el ceño.

—Siempre me ha sorprendido la cantidad de cosas que podéis llegar a

meter las tías en un bolso tan pequeño.

—Suelo llevarlas para las ampollas de los pies —explico avergonzada, refiriéndome a las tiritas—, a veces camino demasiado. —Sigo hablando sin saber muy bien la razón por la cual quiero contárselo todo—. Supongo que la gran mayoría de las chicas tenemos un complejo de Mary Poppins —bromeo.

Varios mechones de pelo que se me han soltado de la coleta me caen sobre la cara en ese preciso instante, pero cuando estoy a punto de peinarme de nuevo, Alex me recoge uno de los mechones tras la oreja y luego otro más lentamente, produciéndome una agradable sensación. Cuando termina,

me mira muy serio. Con mucho esfuerzo, logro tragar saliva sin apartar mis ojos de los suyos.

Capítulo 13



Siento que me pican los ojos y la boca se me reseca. Los labios me tiemblan, al igual que la mano con la que sostengo la tirita. Intento decir algo, cualquier cosa para explicar mi comportamiento, pero entonces Alex me agarra de la cabeza sujetándome por las mejillas y tira de mí hacia él, acoplando mi rostro en su hombro.

—Hace frío —dice con voz ronca.

Ha sonado áspero y torpe, pero funciona. Comienzo a llorar, primero en silencio, con mudos sollozos, y luego soltando el aire en pequeños estallidos que pronto se convierten en débiles convulsiones de furia e impotencia.

—¿Por qué? —digo sofocando el grito en la camiseta de Alex—. ¿Por qué? —repito antes de sumirme en un torbellino de emociones.

Gimo una y otra vez con una desesperación que me asusta, pero él no se separa de mí. Está ahí quieto como una sombra, esperando con paciencia a pesar de que apenas me conoce. Sin darme cuenta, extendiendo mis brazos hacia

la zona inferior de su espalda y hago con los dedos pequeños revoltijos con la tela de su ropa, a la vez que niego con un movimiento lateral de mi frente sobre su cálido pecho. Poco a poco, me voy quedando sin energía y empiezo a escuchar los tranquilizadores latidos de su corazón.

—Creo que se me ha dormido un pie —comenta en voz baja, haciéndome cosquillas en el oído con su aliento.

Alzo la vista y me ruborizo. No sé cuánto tiempo llevamos tirados en el suelo de la calle junto a la furgoneta, abrazados de aquella manera.

—Lo... lo siento —balbuceo, sintiéndome culpable al ver que estoy

sentada sobre una de sus piernas. Intento levantarme, pero descubro que a mí me sucede lo mismo—. A mí también se me han dormido las piernas. —Hago un gesto de dolor—. Tengo calambres.

Alex se echa a reír, descolocándose. No parece nada enfadado por todo lo sucedido. Al contrario.

—Lo siento —insisto de nuevo.

Él elude mi disculpa con un movimiento de la mano y suelta otra carcajada. Es un sonido agradable.

Me arrastro hacia atrás, liberándolo de mi peso, y me agarro de la manilla de la puerta del vehículo, impulsándome hacia arriba. Cuando creo que estoy más

o menos segura, le ofrezco mi ayuda. La acepta sin pensar, lo que hace que tire instintivamente de mi cuerpo hacia el suyo. Otra vez nuestras miradas se cruzan, pero el sentimiento es diferente.

Retrocedo un poco, inquieta, y él se aclara la garganta, también un poco incómodo. Sin decir ni una palabra, abre mi puerta y la sostiene abierta hasta que entro. Luego la cierra y rodea el automóvil para pasar al lado del conductor. Una vez enciende el motor, se vuelve hacia mí.

—¿Adónde vamos ahora, princesa?
—pregunta solícito al tiempo que enciende la calefacción.

En ese mismo instante, mi móvil

vibra dentro del bolso, así que tardo unos segundos en responder a Alex.

—A mi casa, por favor —le pido, y le doy la dirección.

Al cabo de un rato, noto que actúa de forma extraña, pero no digo nada. Estoy demasiado molesta por la cantidad de llamadas y mensajes que he recibido de Miguel en los últimos diez minutos. Sin decir nada, guardo provisionalmente el teléfono en la guantera.

—¿No sería mejor que lo apagases? —sugiere Alex.

Pienso en mi madre y mis tres hermanos pequeños esperándome en casa.

—No puedo hacerlo —contesto con cautela.

Alex hace un rápido gesto de asentimiento y luego se queda en silencio, concentrándose por completo en la conducción.

—Espera... Es aquí, a la derecha —le indico.

Tuerce por donde le he dicho y me deja justo frente al portal del edificio donde vivo. Para mi sorpresa, veo que baja de la furgoneta y me abre de nuevo la puerta para que salga.

—Sana y salva. Como te prometí.

Parece que su medio enfado ha desaparecido. Con una amistosa sonrisa, me ofrece unas caras bambas de chico.

Me fijo en que sus pies están descalzos.

—¿Tú...?

—Tengo de repuesto —me interrumpe antes de que pueda negarme.

Por el brillo oscuro de sus ojos, sé que no admite discusión.

Paso por delante de él y me paro.

—Gracias por todo —le digo con sinceridad, aceptando sus deportivas. Me las calzo y veo que, tal como me imaginaba, me vienen demasiado grandes.

Vuelvo a ponerme en pie y juego distraídamente con la correa de mi bolso. Él inclina levemente la cabeza, pensativo, y luego se agacha. Al ver que se dispone a agarrar uno de mis pies,

retrocedo como en un acto reflejo, pero Alex tira otra vez de él hasta dejarlo en su posición original y con unos rápidos movimientos me ata más fuerte las zapatillas, pasándome los cordones por los tobillos y dándoles una vuelta por las suelas para asegurarse de que no tropiece al caminar.

—Así está mejor —murmura levantando la vista—. Te sientan bien mis bambas —comenta con un gesto de diversión bailándole en la mirada.

Se alza de nuevo en toda su estatura, consiguiendo que me vea pequeña y frágil a su lado.

—Creo que ya es hora de que me vaya —digo señalando hacia atrás.

Apenas me sale la voz, por lo que aprieto el bolso con más fuerza, camuflando mi falta de confianza al tenerlo tan cerca.

—Supongo que eso significa que no dejarás que te acompañe hasta la entrada, ¿o me equivoco?

Me siento enrojecer y, algo dudosa, echo un vistazo a sus pies desprovistos de calzado.

—Yo...

—Entonces, vamos allá —dice tirando de mí y tomando la decisión en mi lugar.

—Espera... —intento frenarlo, sin demasiado éxito.

Cuando quiero darme cuenta, ya

hemos llegado.

—Seguiremos hablando sobre lo que tenemos pendiente —se despide mientras camina unos metros de espaldas—. Te llamaré.

«¿Cómo?», pienso. No recuerdo haberle pasado mi número. Sigo dándole vueltas a lo que me ha dicho incluso cuando ya he entrado al portal. Por instinto, voy hacia el ascensor sin molestarme en encender las luces mientras rebusco en mi bolso, pero entonces me acuerdo de que me he dejado el móvil en la furgoneta de Alex. Doy marcha atrás, apresurándome para ver si aún no se ha marchado, pero antes de que pueda salir alguien me tapa la

boca y me empuja hacia un lado con fuerza, impidiendo que pueda gritar. Consigo apañármelas para darle al interruptor de la pared, y la luz ilumina el portal y a mi captor. Nos tapa una columna, así que mi esperanza de que Alex pueda vernos se va al garete. Estudio asombrada el rostro de Miguel; parece que Alex le ha golpeado fuerte.

—Beca, soy yo, no te asustes.

Miro a Miguel con desagrado y un poco de miedo.

—Te voy a soltar... —Está acelerado y, por la manera como me retiene, sé que no está muy seguro de que no pida auxilio en cuanto me suelte —. Pero tienes que prometerme que no

vas a gritar ni a salir corriendo hasta que me hayas escuchado.

Yo pestañeo y al final acabo cediendo.

—Perdóname, Beca. Todo ha sido muy confuso, yo estaba hecho un lío — se justifica, atropelladamente y muy alterado.

Busco la manera de calmarme antes de hablar.

—Te has ido con un tío, con uno de nuestros amigos, Miguel —le recuerdo.

Él retrocede y se agarra del pelo.

—Lo sé, lo sé. Debes de odiarme mucho ahora mismo y lo comprendo, cariño, pero entiéndeme. Sentía mucha presión. Tú insistiendo por un lado en

que se lo contáramos todo sobre nuestra relación al grupo, y Óscar también. Creía que iba a enloquecer.

—Un momento —lo interrumpo. De repente me asalta una duda—. ¿Cuánto hace que sales con ambos sin que nadie más lo sepa? —Miguel se queda callado. Me tapo la cara horrorizada—. ¡Oh, Dios! ¡Tío, estás enfermo!

—Por favor, no digas eso, cariño —dice, intentando tocarme—. Beca, mi amor...

Levanto las manos.

—No te acerques más, ¿me oyes? —le advierto, sintiendo que yo también voy a perder el control—. No puedo creer ni una sucia palabra más de todo

lo que digas. ¡Entiéndelo! ¡Me das asco!
—Noto como el vello de la piel se me pone de punta según voy hablando.

La cara de Miguel empalidece.

—Vamos, tía. No seas así —replica. Yo le miro furiosa y él rápidamente cambia de táctica—. Lo he dejado, créeme. Óscar ya no significa nada para mí. Hoy me he dado cuenta de que tú eres lo más importante. Te quiero más que a mi vida, Beca. Si me echas, no me quedará nada. —Se pone de rodillas y se abraza a mis piernas—. Perdóname, solo esta vez. Tú sabes mejor que nadie cómo es la situación en mi casa y cómo es mi madre conmigo. Esa bruja me tiene loco. —Hunde su cabeza en mis

muslos—. Solo necesito una oportunidad más para demostrártelo, para que todo sea igual que antes. Seré la persona de la que te enamoraste hace dos años. Perdóname —me ruega con insistencia.

Me sacudo varias veces hasta que consigo apartarlo.

—Ahora no puedo —consigo decir, mientras pongo distancia entre los dos. Una lágrima me rueda por la mejilla—. Se acabó, Miguel.

Aprovecho para irme en ese momento y entrar en el ascensor. Él se levanta y me sigue, pero se queda de pie al otro lado del ascensor, con la mirada turbia.

—Hay otro, ¿verdad?

No llego a responderle. El ascensor se pone en marcha, y respiro aliviada cuando por fin me veo sola y a varios pisos de distancia de Miguel.

Una vez en casa, voy a la cocina y me sirvo un vaso de agua. Después me lavo la cara hasta que no queda ningún rastro de lágrimas y me dirijo a mi habitación de puntillas. Normalmente la comparto con Natalia, pero hoy parece que ha decidido ir a dormir con nuestra madre. De algún modo, echo de menos su presencia allí, pero también agradezco el poder tener algo de intimidad. Dejo mis sandalias de tacón estropeadas dentro de una caja, me

tiendo sobre la cama con los pies en alto y contemplo el intrincado lazo que ha hecho Alex con los cordones de las bambas. De pronto, noto algo punzante bajo mi espalda. Miro y descubro que es un pintalabios en un envoltorio azul, al que va pegado una nota con celofán.

«Feliz cumpleaños, pesada. Todos te deseamos un gran día (esta línea cursi es de mamá, que conste). Entre los tres hemos ahorrado para comprarte esta cosa de chicas, así que úsala bien (no con el imbécil ese) y ponte guapa de verdad. Besos. Yo, el burro y la princesita, con el patrocinio de la abeja reina».

A pesar de lo conciso de la

felicitación, por el tipo de letra perfectamente trazada sé de inmediato que ha sido Víctor el que la ha escrito.

—Gracias, chicos —murmuro.

Capítulo 14



El sol entra a raudales por la ventana; la noche anterior se me olvidó bajar la persiana, para mi gran disgusto esta mañana. Me estiro y ruedo sobre el colchón, sintiendo aún dormidas todas las articulaciones. Alguien llama a la puerta de mi habitación, sin darme tiempo a pensar en nada más.

Entra Natalia con una bandeja roja

en la que lleva un vaso de zumo de naranja.

—Gracias —digo aceptándolo y dando un gran sorbo. Resulta refrescante. Mi hermana pequeña me dedica una gran y contagiosa sonrisa, antes de lanzarse a mi lado sobre la cama—. ¡Eh! ¿Qué te ha dicho mamá? Los zapatos fuera —la regaño sin muchas ganas.

Natalia mira mis pies y levanta una ceja con un mohín de reprobación. Yo reprimo una carcajada y me desato las deportivas de Alex. He dormido con ellas puestas toda la noche. Ni siquiera sé por qué no me las he quitado, al igual que el resto de la ropa.

—¿Ves? Yo también me los quito — le digo intentando mostrarme lo más seria posible.

—Vale —responde obediente. Se sienta balanceando las piernas y me observa en silencio jugando con los dedos mientras yo me acabo el zumo—. Tienes una visita —me informa de repente. Se pone de rodillas y me tira de la oreja—. ¿Ya lo has visto? ¿Lo has visto? —pregunta emocionada, cambiando de tema muy rápidamente.

Dejo el vaso a un lado con calma y la subo sobre mis rodillas.

—¿Quién ha venido? —Intento esconder la preocupación de mi voz pero, por si acaso, le hago cosquillas

para distraerla.

Mi hermana se revuelve en mis brazos y tiende las manos para tirarme del collar.

—Llevas ojos de oso panda —se burla entre risas.

—No se dice así, moquillo —la corrijo revolviéndole el pelo. Se rebela y vuelve a colocárselo muy coquetamente—. Se dice «tienes ojeras», y ocurre cuando no duermes todas las horas que necesita tu cuerpo —le explico, adelantándome a su siguiente pregunta—. Bueno, y ahora dime quién ha venido —le pido asegurándome de que me mira directamente a los ojos.

Se queda quieta.

—Tu amiga la guapa —contesta, y se saca de los bolsillos de su peto vaquero una piruleta con forma de corazón—. Me ha traído esto y me ha dicho que me daría más si te despertaba —explica perezosamente—. ¿Ya lo has visto? —repite dando un salto con impaciencia.

Así que la bajo al suelo y me echo hacia atrás para coger de la mesilla el pintalabios que me han regalado.

—Es precioso. ¡Me encanta! —le digo, mientras le doy un profundo abrazo de agradecimiento.

—No puedo respirar —se queja. La suelto, pero cuando ella cree que está a salvo, vuelvo a aplastarla contra mi pecho y le beso el pelo. Huele al

champú de melocotón que usamos—. Yo tuve la idea con mamá. Víctor y Diego no saben nada de chicas —explica con orgullo—, querían comprarte más tiritas para los pies.

Me muerdo el labio inferior y procuro concentrarme en lo que me está diciendo. Pero, inevitablemente, me cae una lágrima.

—¿Qué pasa? —pregunta Natalia poniéndose de puntillas para secarme torpemente los ojos con sus deditos.

—Nada, que me hacéis muy feliz. Ha sido un gran regalo —digo levantándola en el aire conmigo. Pega un grito y se echa a reír—. Venga, ve y dile a Marta que ahora voy.

La dejo en el pasillo y regreso a mi cuarto para cambiarme rápidamente. Me paso por la cabeza una sudadera con el logo de la Selección en el pecho, que conseguimos comprando unas bolsas de patatas fritas, y me cubro las piernas con unos vaqueros pirata que me quedan grandes. Luego me doy un vistazo en el espejo empotrado que tengo en una de las puertas del armario de mi habitación, y me recojo el pelo en una coleta alta. En conjunto, parezco tener menos años de los que acabo de cumplir, pero al menos mi aspecto es limpio, y eso es lo que importa. Me aseo un poco en el baño y me dirijo hacia la cocina, donde Marta está hablando animadamente con

mi madre. Veo que Diego no les quita ojo. Él hace como si jugara a la consola, sentado en una de las sillas de la mesa, pero yo sé, aunque él no diga nada, que está secretamente encandilado de mi mejor amiga.

Marta salta de su asiento en cuanto me ve.

—¡Por fin, tía! Tenemos mucho de qué hablar. —Me mete una mini napolitana de chocolate en la boca justo cuando voy a decir algo—. ¡Vámonos ahora mismo o llegarás tarde a tu trabajo! ¡Hasta luego, mamá de Rebeca! ¡Adiós, niño mono! —le dice a mi hermano, haciéndolo enrojecer. Luego me apremia empujándome hacia fuera,

pero cuando llegamos a la entrada se detiene un instante y me hace un escaneo de arriba abajo—. ¿No te has puesto lo que te regalé?

Sin contestarle, cojo mi mochila con la ropa de recambio y nos marchamos directas a una de las bocas del metro más cercanas. Mientras esperamos en uno de los bancos de la estación, Marta saca mi móvil y lo deja en mis manos con una pregunta implícita.

—¿Cómo es que lo tienes tú? —le pregunto.

Se pasa la melena hacia un lado con calma, poniendo a prueba mi paciencia.

—¡Ay, tía! Me lo ha dado esta mañana un tío que está lo suficiente

bueno como para que quiera hacerle padre cinco veces en un día y, créeme, me quedo muy... corta. Si no tuviera a Carlos, me comía la manzanita de su amigo con mucho gusto —dice refiriéndose al culo de Alex. Yo me remuevo incómoda. Marta suelta un gemido y hace que varios transeúntes nos echen una mirada molesta—. Así que... ¿por qué no empiezas tú a soltar la lengua? —continúa, ignorándolos—. Óscar me ha llamado hoy para decir que deja el grupo y tu chico tiene el teléfono comunicando desde ayer. ¿Qué mierdas pasó cuando te fuiste?

Apenas logro tragar saliva. Esperaba poder ser la primera en sacar

el tema, pero con Marta las cosas nunca funcionan así.

—Rompimos —confieso, evitando que nuestros ojos se encuentren.

Entrecruzo las piernas.

—¡Mierda! ¿Qué ocurrió anoche? —insiste, dedicándome su mirada más avasalladora—. ¡Oh, no! ¡Alucino! ¿Te tiraste a Alex?

—Oh, calla —le respondo propinándole un pequeño empujón. Nos estamos convirtiendo en el centro de atención—. Y no fue así, ¿vale? —le aclaro, y me levanto al ver que llega el metro—. ¡Ojalá hubiera sido eso!

Vuelvo a sentirme mal, así que me concentro en no ser arrastrada por el

repentino torbellino de pasajeros que intentan entrar por una de las puertas. En cuanto estoy dentro, Marta logra situarse a mi lado y llevarme hasta dos asientos libres que se ha asegurado de conseguir tirando su bufanda sobre ellos.

Tomo aire a la vez que noto que ella me ha cogido de la mano con preocupación. No sé si me encuentro preparada para contárselo, pero recuerdo como Alex se puso a mi lado dándome fuerzas para enfrentar a Miguel y Óscar. «No lloraré», me digo.

—Marta, Óscar y Miguel llevan juntos desde hace mucho tiempo. Se han estado enrollando a escondidas.

Las sienes me palpitan.

—¡Hijos de puta! —grita mi amiga. Una señora mayor sentada enfrente de nosotras hace un comentario grosero sobre nuestra manera de hablar, por lo que Marta le responde con otro igualmente mordaz—. Y se lo tenían tan calladito. ¡Menudos cobardes! No pienso volver a dirigirles la palabra. Es más, ahora mismo los voy a borrar de todas mis redes sociales y del móvil —asegura y a continuación lo saca y empieza a teclear.

—Hay algo más... Óscar está en mi misma situación. Él no tenía ni idea de mi relación con Miguel —explico, aunque en estos momentos me cuesta seguir hablando de ello—, así que te

pido como favor que no lo metamos en todo esto. Debe sentirse igual o peor que yo, y además es nuestro amigo.

—Aun así, él...

—Escucha, nosotras somos amigas y nos tenemos la una a la otra para desahogarnos, pero él ahora debe de estar confuso. Tenemos que apoyarlo cuando decida que quiere hablar.

Marta se queda callada. Y así seguimos hasta que llegamos al bar de batidos donde trabajo.

—Espérame fuera —le digo, y voy a ponerme el uniforme.

Cuando estoy dentro, Rosa, la encargada, se acerca a mí y me saluda.

—¡Hola, bonita! ¿Tuviste un buen

cumpleaños anoche? —me pregunta con su habitual acento andaluz.

Tiene muchas curvas, que sabe aprovechar, y unos grandes ojos que siempre parecen algo tristes, incluso cuando sonrío.

—Perdona, Rosa. ¿Sabes dónde está Elisa? —digo rehuendo la pregunta.

Se apoya en la barra y mira hacia el techo.

—Esa niña acaba de pedir libre diez minutos, como siempre a esta hora. Así que me temo que te tocará de nuevo ir al almacén para colocar todas las cajas de helado que nos acaban de llegar de la abuelita. —La abuelita es la propietaria del local y la que se encarga de elaborar

y enviarnos todos los ingredientes que usamos, con lo que nadie conoce las recetas originales, aunque sí cómo hacer las distintas combinaciones de los batidos.

—Está bien, yo me ocupo. Pero antes tengo que ir a avisar a mi amiga.

Cuando salgo a la calle no es solo a Marta a quien me encuentro, también están Carlos, Laura, Xavi, un chico pelirrojo que no conozco y... Alex. Inconscientemente, mi mirada se dirige a sus pies.

Capítulo 15



De alguna manera Alex se da cuenta de que estoy espiándolo y, de inmediato, sus ojos conectan conmigo de forma intensa y profunda. Noto un hormigueo en el estómago. Marta tira en ese momento del brazo de Carlos y se arrima a él para compartir alguna broma, mientras Laura intenta llamar la atención del pelirrojo que está a su lado

y que no parece enterarse de gran cosa. Y en esa escena tan normal, Alex parece mantenerse al margen. Ha dejado de seguir la conversación y tiene una sonrisa ladeada. Me aclaro la garganta y de pronto me siento nerviosa. De día es aún más impresionante que de noche. Soy incapaz de apartar la mirada de él, de esa camiseta blanca que se ajusta sobre sus pectorales bien trazados de forma espectacular. Al igual que el día antes, solamente lleva por encima una camisa abierta, aunque esta vez la acompaña con una bufanda negra de lana muy larga, que lleva colocada de tal forma que apenas le cubre la garganta, dejando espacio a aquellos cascos que

comienzo a considerar ya como una extensión de él.

De nuevo, regresan las palpitaciones. Me llevo la mano al pecho y me concentro para intentar detenerlas, pero mi corazón se rebela y acelera el ritmo. Entonces recuerdo que aún no le he dado las gracias por devolverme el móvil. Lo saco de mi bolsillo para mostrárselo y vocalizo la palabra gracias. Marta debe de notar algo raro, ya que se gira y me invita a que vaya hacia ellos.

—¿Vas a sentarte a tomar algo con nosotros? —pregunta mi amiga inocentemente.

Alex sigue observándome muy

atento.

—No puedo —digo al fin—. Rosa me necesita en el almacén —explico mientras jugueteo con los bolsillos de mi delantal.

—¿Y eso? —insiste. Por supuesto, Marta quiere saber hasta el detalle más nimio de por qué estoy, según su forma de verlo, escaqueándome.

—Es el descanso de Elisa. No puedo hacer nada. —Noto que Carlos lanza una rápida mirada a Alex, pero este ni se inmuta; está pendiente de la charla que Marta y yo estamos teniendo.

—Vaya zorra, siempre está igual. ¿Por qué tu jefa no la larga ya?

—Mira, Beca —interviene Laura—,

si la echaran tú podrías dejar el instituto y ocupar el puesto de la tal Elisa a tiempo completo. Estoy segura de que lo harías genial y de que eso sería mucho mejor para tu familia —dice con entusiasmo.

Xavi decide irse al servicio en ese momento. Yo me quedo petrificada en el sitio, pero Marta opta por atacar.

—Claro, y tú podrías apretar el culo cuando tengas diarrea hasta llegar a un baño como es lo normal, pero supongo que eso será difícil para una bocazas con el ojete tan grande como tú, ¿no, Laura? —suelta con ironía y una exagerada expresión de felicidad en la cara.

—Marta —la advierto, conteniéndome.

Echo un vistazo al bar y, aunque afortunadamente Rosa no está, están entrando nuevos clientes que nos contemplan curiosos. Vuelvo a mirar hacia mis amigos y noto que Laura mira furiosa a Marta.

—Ya has oído la tontería que acaba de soltar, ¿no? —replica Marta a la defensiva.

Carlos la coge de la cintura e intenta tranquilizarla.

—¡Eh, cariño! Me encantan tus garras, pero ¿por qué no las dejamos para cuando estemos solos tú y yo? —le dice acariciándole el lóbulo de la oreja

con pequeños mordiscos. Las facciones de Marta comienzan a relajarse y yo empiezo a respirar aliviada.

—¿Sabes, guapa? —le dice Laura a Marta—. No todas somos tan habilidosas para bajarnos las bragas en cualquier «baño» como tú..., pero si he dicho algo fuera de lugar... —se vuelve hacia mí, aunque sé que en realidad no es a mí a quien se dirige— lo siento. Solo era una idea, algo que se me ha ocurrido, sin ninguna mala intención.

Marta se remueve en los brazos de Carlos asesinando a Laura con la mirada, al tiempo que el chico pelirrojo sigue inquieto la discusión, por lo que antes de que ocurra algún desastre,

decido intervenir.

—Contrólate, tía, por favor. Hay más personas en este sitio además de nosotros, ¿vale? —le pido. Y antes de que alguien cante victoria, continúo—: Va también por ti, Laura. No tenías por qué haberle seguido el juego de esa forma. Vosotras dos sois amigas. Todas lo somos —agrego con énfasis—, así que seamos más comprensivas las unas con las otras.

Laura asiente avergonzada, pero Marta me encara con la vista ida, algo que aborrezco de ella.

—¡Guau! —Silba—. ¿Amigas? ¿Más comprensivas? ¿De verdad me lo está diciendo la tía a la que su novio le

ha puesto los cuernos con su mejor amigo? Y con un tío, nada menos. Me río de tu amistad, Beca —dice entrecomillando la palabra con un gesto de dos dedos en ambas manos—. Pensaba que eras mucho mejor que toda esa porquería, pero ya veo que lo tuyo siempre es ponerte del lado de quien más te jode.

—Marta, basta ya —la para en seco Carlos.

Echo un vistazo a Alex, que a su vez hace lo mismo con mi amiga, aunque con la gran diferencia de que parece como si deseara hacerla callar a la fuerza si continúa hablando. La sensación penetrante y peligrosa que viene de sus

ojos hace que sienta el doble de vergüenza. No hay duda, está molesto. Noto como se me van hinchando los lagrimales, y antes de que nadie pueda ver de qué manera me han afectado las palabras de Marta, decido hacer algo.

—Tengo que irme ya —digo con una frágil voz que no es la mía—. Disculpadme.

—¡Oh, lo siento, tía! No quería decir eso... o a lo mejor sí, no sé... ¡Oye! Espera... —me llama Marta con tono arrepentido.

—Dale tiempo —la detiene Carlos, y yo le agradezco el gesto.

Paso por debajo de la barra y cruzo una de las puertas que llevan al almacén.

Según voy bajando las escaleras, un escozor en llamas me va abrasando la garganta y me impide respirar, así que acabo sentándome en el último escalón y apoyo los codos sobre las rodillas. Comienzo a masajearme las sienes muy lentamente, como me ha enseñado a hacer mi madre para estas ocasiones. Como noto mucha tirantez en el cuero cabelludo, me suelto la coleta. Mi cabello se expande sobre mis hombros con libertad. Sin mucha prisa, me recoloco la melena a un lado, permitiendo que el frescor del sótano me alivie y serene un poco. Cuento hasta diez.

 Cuando estoy a punto de alcanzar el

nueve, un soplo de aire se desliza por la curvatura derecha y desnuda de mi cuello, poniéndome la carne de gallina y el vello de punta.

—¿Quién está ahí? —pregunto asustada.

Al volverme, me cruzo con la sonrisa ladeada de Alex. Se ha sentado justo dos peldaños por encima de mí y ni siquiera le he oído llegar. Me pongo en guardia.

—¿Cómo has entrado?

—Me he colado —contesta encogiéndose de hombros.

—No deberías estar aquí —le regaño, aunque en realidad siento que es agradable no estar sola y en completo

silencio. «No, esto no está bien», me corrijo—. Tío, tienes que marcharte antes de que alguien te vea —insisto, y me levanto para dar más fuerza a mi orden—. Vamos.

Me sitúo delante de él y tiro de sus brazos hacia arriba, pero Alex no hace nada por ayudar. A pesar de que parece delgado, es igual que intentar mover un peso muerto.

—¿Qué te parece tan divertido? —le pregunto frunciendo el ceño al ver su gesto torcido.

—Déjame pintarte —me pide de improviso.

Noto como me ruborizo al instante de oírlo y lo suelto como si me hubiera

llegado una descarga eléctrica.

—Aunque te estoy muy agradecida por lo de anoche —digo hablando muy despacio—, no voy a desnudarme aquí contigo solo para dar rienda suelta a toda tu imaginación de artista frustrado, ¿entiendes?

—Entonces, no lo hagas —contesta resueltamente poniéndose en pie.

Al momento, me arrepiento de haber permitido que se levante. Si ya de por sí es alto, ahora que está situado por encima de mí me siento como una verdadera hormiguita.

Incómoda con aquella posición, me decido a subir unos escalones más para quedar a la misma altura, pero el

espacio es demasiado estrecho para pasar con él en medio. Me cruzo de brazos, esperando, pero no me cede el paso.

—¿Por qué estás tan empeñado en dibujarme? —Levanto una ceja—. Puedes tener a cualquier chica mil veces más guapa y atractiva que yo. En serio, estás perdiendo tu tiempo aquí conmigo. No voy a darte lo que quieres, Alex —le aseguro.

Necesito que tenga muy claro que no voy a ceder de ningún modo.

—¿Y qué crees que es lo que yo quiero, Rebeca? —me provoca con una expresión de orgullo.

Inconscientemente, mis ojos se

desvían hacia sus labios. Son bonitos, y parecen tan suaves...

«¿Qué estoy haciendo? Esto está mal, yo estoy saliendo con... No», digo frenando en seco todos mis pensamientos.

—Mira, tío, no me quitaré la ropa y punto —repito con cabezonería.

Alex se pasa una mano por la nuca y me examina el rostro tomándose su tiempo. Sé que está mirándome la boca; después de todo, yo he sido la primera en hacerlo.

Noto como su respiración se vuelve irregular, y también que la forma de sus ojos se hace más rasgada y sus pupilas azules adquieren un brillo sobrecogedor.

No tengo ni idea de cómo lo ha logrado,
pero sé que me tiene atrapada en ellos.
Mis movimientos se hacen
repentinamente vacilantes y me cuesta
pensar con claridad.

Capítulo 16



Guardo silencio unos segundos, buscando la forma de calmar mis emociones de modo que él no descubra lo que provoca en mí cuando lo tengo tan cerca. De pronto, su expresión se suaviza, y la sensación es la misma que si aflojara una cuerda alrededor de mi cuello. Toda la electricidad de hace un momento desaparece.

—Solo un retrato rápido, lo prometo.

Entrecierro los ojos con desconfianza.

—Te doy mi palabra de caballero —dice llevándose el puño al corazón con excesiva seriedad— de que no usaré mis rayos X para ver bajo tu *sexy* uniforme de camarera.

Los ojos de Alex se desvían hacia la zona de mis pechos con descaro.

—¡Oye! —exclamo con las mejillas encendidas—. No intentes engatusarme.

Sonríe de oreja a oreja.

—¡Eh! Puedes seguir con tu trabajo, yo me convertiré en una sombra más y no te molestaré —insiste, infundiendo a

sus palabras ese acento extranjero que me derrite los huesos.

Respiro profundamente, meditándolo.

—Nadie puede saber que estás aquí. Lo comprendes, ¿verdad? —empiezo a ceder.

Su sonrisa se vuelve más grande.

—Cuenta con ello, musa. Seré un chico bueno.

Me guiña un ojo con picardía. Pongo los ojos en blanco.

—¡Oh, Dios! Escucha, superhéroe de cómic, déjate de cuentos; los dos podemos meternos en un gran lío. Así que límitate a hacer tu dibujo y luego márchate.

—Claro, claro —dice cogiéndome de los hombros.

Me gira y me empuja hacia delante.

—Tú sigue a lo tuyo. Ya verás, hasta te olvidarás de que estoy aquí —recita obedientemente.

De algún modo, siento que eso será difícil.

Dudo unos instantes, pero termino por darle la espalda y dirigirme hacia la izquierda, donde están los congeladores y la cámara frigorífica. Rosa ya se ha ocupado de que los chicos del reparto amontonen todas las cajas de helado en el suelo y otros ingredientes, como trocitos de chocolate, galleta o sirope de sabores variados. El estómago me ruge

de hambre con solo pensarlo. «¡Maldita Marta! Si no me hubiera metido tanta prisa...», me lamento.

Compruebo si Alex me ha oído, pero ahora mismo está completamente concentrado en sacar todo el material que necesita de su bandolera negra. De camino, paso por el escritorio metálico del fondo y abro uno de los cajones para hacerme con un cúter. Con disimulo, vuelvo a echar otra ojeada por encima del hombro. Alex se ha sentado de nuevo en la escalera, solo que con una pierna estirada y la otra recogida, lo que me permite darme cuenta de que usa el mismo modelo de deportivas que me prestó la noche anterior.

Definitivamente, estaba diciendo la verdad cuando aseguró tener unas de repuesto. De pronto levanta la vista y me mira a través de sus pestañas; parece estar haciendo algún tipo de cálculo mental. Bajo la cabeza, incapaz de sostenerle la mirada, y me fijo en que sobre las rodillas acaba de poner un cuaderno de dibujo y un carboncillo, mientras que en la mano derecha sujeta una especie de masa gris con el tamaño de una goma. Parece plastilina.

—¿Sueles llevar siempre todo eso encima? —pregunto con curiosidad.

Traza varias líneas sobre el papel antes de responder.

—Ajá —contesta de forma distraída.

Enarco las cejas, pero no digo nada más. De algún modo, empiezo a pensar que la intrusa soy yo, y no él. Me coloco frente a las cajas y confirmo el pedido con la hoja de todos los productos recibidos. Aparentemente todo está bien, así que rompo el celo de la primera caja y saco el contenedor de plástico con el sabor de ron con pasas y nata, uno de los favoritos de la clientela. Flexiono las piernas dándome impulso y lo cargo hasta un estante con ruedas, luego repito la misma operación con el siguiente, y conforme voy haciéndolo voy tachando en el papel los que ya he comprobado, todo en completo silencio. Cuando llego al de chocolate, me detengo brevemente

para secarme el sudor de la frente; solo queda un paquete más. Tengo los músculos de los brazos agarrotados y comienzo a sentir un cosquilleo molesto recorriéndome la columna vertebral.

—Elisa —murmuro al recordar todas las veces que se ha escaqueado y me ha tocado a mí colocarlo todo yo sola—. ¿Dónde narices se meterá siempre a la misma hora? —pregunto en voz alta, olvidándome de que no estoy sola.

Busco a Alex, y veo que se ha puesto los cascos. Quizá haya hecho mucho ruido... Aun así, me molesta verlo tan indiferente, no imaginaba que cumpliría tan fielmente su promesa. Me agacho

sobre la última caja apoyando automáticamente una mano en una de las esquinas al tiempo que con la otra me dispongo a abrirla.

—Al menos podrías ofrecerme tu ayuda —digo entre dientes mientras clavo el cúter con fuerza—. ¡Ah! —gimo notando el momento justo en que la parte afilada penetra en mi dedo índice, desgarrándome la yema.

La sangre comienza a manar de ella y me asusto. Al poco, un leve mareo me deja aturdida. Necesito ir a por mi mochila y sacar una tirita, pero al levantarme me siento desfallecer.

—¿Rebeca? ¿Estás bien? —La voz de Alex rebota en mis oídos con

intensidad.

Suena alarmado cuando se sitúa detrás de mí y carga con todo mi peso en su pecho. Cierro los ojos y respiro fuerte al tiempo que un sudor frío me recubre el rostro. Su olor a óleo impregna mis sentidos, calmándome un poco.

—Estoy bien, pero la sangre... Límpiala, por favor —musito mientras aguanto una arcada.

—Apriétate el corte con la otra mano, ahora regreso. Tranquila —me anima con una media sonrisa.

Se quita la camisa bruscamente y la pone bajo mi cabeza a modo de cojín, quedándose únicamente con la camiseta

de tirantes puesta. Después toma una de las cajas vacías y la coloca de manera que mis piernas quedan elevadas. Parece nervioso, moviéndose de un lado a otro como si chocara contra mil paredes diferentes que le frenan y le hacen volver a su posición original. Finalmente, regresa a mi lado. Aprieta la mandíbula, dibuja un gesto de asentimiento y toma mi dedo herido con decisión.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunto.

Alex separa los labios como si fuera a decir algo, pero se contiene y tira con más fuerza de mi dedo, obligándome a obedecerlo. Cuando veo que se lo lleva a la boca intento resistirme, pero él

mantiene mi cuerpo firmemente aplastado contra el suelo, apoyando su mano contra mi estómago, y comienza a succionar la sangre. Mientras lo hace, unas suaves sombras acarician su rostro, resaltando el arco de sus pómulos y la curva de su barbilla. Le caen unos mechones de pelo sobre la frente, y siento como si una corriente de chispas pasara del uno al otro creando una conexión misteriosa. Cuando está a punto de terminar, lame la cicatriz dejando una huella invisible y en llamas, pero no me suelta. Sigo expectante cómo inclina lentamente la cabeza y desliza la palma de la mano hasta mi cintura, donde gran parte de la camiseta se ha

salido del vaquero, e introduce un pulgar, que hace bailar sobre mi piel desnuda en círculos.

—Ya te dije que les chupé la sangre a tu novio y a su amante —murmura prácticamente sobre mi boca—, pero tú sabes mucho mejor.

Su aliento roza mi nariz íntimamente.

—Miguel ya no es mi... —La voz se me quiebra a media frase, así que cambio de tema—. Podías haber utilizado una de las hojas de tu cuaderno —replico.

De alguna manera creo que lo correcto es hacerlo.

Sus ojos brillan tenuemente con diversión, provocando que un escalofrío

haga mi piel mucho más sensible al tacto de su mano sobre mi espalda, que continúa masajeando.

—¡Venga, princesa! No seas quisquillosa. Sabes muy bien que ese papel no hubiera hecho un trabajo tan bueno y tan limpio como yo —dice en tono burlón, relamiéndose el labio inferior.

No puedo creer que estemos manteniendo una conversación así de forma casual. Con la mano libre, cubro la cara de Alex.

—Creo que ya me siento mucho mejor —digo apartándolo.

Él se ríe entre mis dedos, se echa hacia atrás y me ayuda a ponerme en pie.

Algo ha cambiado en el poco tiempo que nos conocemos, y sé que él también lo nota.

—Gatito, ¿estás por aquí? —ronronea la voz de Elisa Baleztena, mi compañera de trabajo.

Alex y yo nos damos la vuelta. Elisa corre hacia él y lo abraza por detrás con entusiasmo.

—Te estaba buscando, gatito.

La sangre se me hiela en las venas cuando empiezo a atar cabos.

—Supongo que este es el rollo del que me hablaste anoche —comento irónicamente dirigiéndome a Alex.

Elisa parece notar mi presencia justo en ese instante, y me dedica una falsa

sonrisa con la que pretende suavizar la expresión mezquina de su rostro cada vez que me ve. Mira a Alex alzando una ceja inquisitiva.

—Elisa, veo que ya conoces a mi amiga —dice Alex tranquilamente al tiempo que se mete las manos en los bolsillos.

Capítulo 17



—Hola, Beca. ¿Ya has terminado?
Mira alrededor sin mucho interés.

—¿Te refieres a si he terminado de hacer tu trabajo? —contesto sin lograr reprimirme.

Entrecruza su brazo con el de Alex y descansa la cabeza sobre su hombro. A diferencia de mí, Elisa es bastante alta, por lo que forma una pareja perfecta con

él.

—Gatito, ¿qué haces perdiendo tu tiempo con la novata? Te he estado buscando... Supongo que Rosa te dejó entrar.

Siento que la sangre me hierve con cada palabra que escupe por su repintada boca.

—Estaba ayudando a Rebeca. Por cierto, creía que solo llevabas aquí dos semanas.

Si no fuera por la actitud inocente con la que lo ha dicho, pensaría que trata de defenderme. Las mejillas de Elisa enrojecen. Se aclara la garganta y me mira ya sin disimular el odio que siente hacia mí. «Tranquila, es mutuo»,

pienso.

Me vuelvo a poner la camisa dentro del pantalón y me agacho para coger el cartón sobre el que Alex me ha colocado los pies hace unos minutos; está prácticamente destrozado. También recojo su prenda. Al levantarme, nuestros ojos se cruzan un breve instante, pero rompo la conexión de inmediato.

Echo un intencionado vistazo a mi reloj de pulsera, casi oculto bajo todas las gomas de pelo que llevo en la muñeca.

—Elisa, ahora que tu descanso ya se ha acabado, puedes encargarte del resto, ¿verdad? —Hago una pausa y le enseño

con un gesto de tristeza el dedo cortado —. Soy tan torpe, me temo que tendré que ir a ver si encuentro algo en el botiquín.

Miro con inmenso placer la manera en que los ojos casi se le salen de las órbitas. Cómo me gustaría que Marta estuviera aquí para verlo... pero no está. Al pensar en mi amiga, comienzo a sentirme mal por haber discutido con ella por un asunto tan tonto.

—Gracias por... todo, Alex — recalco, asegurándome de que Elisa haga trabajar a su imaginación en el peor sentido.

Antes de que él pueda decir nada, le paso su camisa con una sonrisa y me

encamino hacia la salida. No me detengo hasta que estoy en el vestuario y cierro la puerta tras de mí.

Una vez a solas, expulso todo el aire que estaba conteniendo.

—Beca 1, Elisa 0 —me vitoreo.

Extiendo los brazos con los puños cerrados y pego un salto, pero entonces un dolor agudo me parte en dos. Con el dedo herido en alto, abro mi taquilla y saco la mochila. Rebusco en su interior y me hago con uno de los apósitos que llevo a todas partes. Luego me dirijo al botiquín que hay junto al diminuto baño para empleados y encuentro un antiséptico para desinfectar la herida. Una vez he terminado, me refresco un

poco la cara con la mano sana y me vuelvo a recoger el pelo en una coleta. En ese momento, oigo que llaman a la puerta con dos contundentes golpes.

—Ya voy —grito al tiempo que me desato el delantal y lo dejo sobre un banco.

Al abrir, descubro a Alex al otro lado. Antes de darme tiempo a reaccionar, entra y toma asiento en el banco.

—¡Bienvenido, siéntete como en tu casa! —le saludo con un remarcado acento irónico.

—¿Por qué te has ido tan de repente?

Su pregunta me sorprende.

—Pues... ¿Pasa algo?

—No. —Frunce el ceño.

—¿Ya has terminado? Aquí tampoco puedes estar —le advierto.

Me asomo a la puerta y estudio el pasillo preocupada.

Él se levanta y se sitúa justo bajo el marco de la puerta, tapándome la visión. Echa un rápido vistazo a mi herida. Nerviosa, lo empujo hacia dentro.

—¿Qué haces? ¿Quieres matarme de un infarto al corazón? Si te ven Elisa o Rosa...

—Toma.

Cojo el folio rugoso al tacto que me ofrece y le doy la vuelta. Lo que veo me deja anonada. Me reconozco claramente

en la chica que mira con timidez al suelo mientras se coloca un mechón tras la oreja. No obstante, lo que más me llama la atención es la manera en que ha retratado mis espesas pestañas, que parecen esconder una inocencia pura, pero también un encanto especial y místico. Levanto los ojos asombrada por la habilidad de Alex.

—¿Cómo lo has hecho? —Estoy desconcertada por la magia que han obrado sus dedos—. Pero si no paré de moverme... —De hecho, en parte lo hice adrede, pero me guardo esta información para mí—. ¿Y has podido hacer esto solo con observarme mientras trabajaba?

Mi cara sorprendida le saca una sonrisa satisfecha.

—Veo que te gusta. Si quieres puedes quedártelo.

—Claro que quiero, gracias —contesto honestamente. No obstante, un oscuro pensamiento me viene a la cabeza—. Pero... es gratis, ¿verdad?

—Parece que para ti todo tiene un precio.

Él no tiene ni idea de hasta qué punto es así. Tuerzo el gesto de la boca, abstraída.

—No puedo aceptarlo sin más —le digo devolviéndole el retrato, pero él lo empuja hacia mí sin llegar a aplastarlo.

—Hazme tu batido favorito y

estamos en paz —me propone con un brillo travieso bailándole en los ojos azules—, o si lo prefieres... dame un beso.

—¿Un beso? —La palabra se me atraganta y me provoca un repentino ataque de tos.

Avanza un par de pasos hacia mí y yo retrocedo de espaldas hasta chocar con las taquillas. Un ruido metálico suena como advertencia.

—No hablas en serio —digo con toda la firmeza de la que soy capaz.

Me estremezco.

Alex tiende los brazos por encima de mí, enjaulándome.

—¿Qué ocurre? ¿No te atreves? —

Habla en un tono cargado de desafío.

—No si antes no me dices la razón por la que quieres que te bese. Sé que no estás enamorado de mí ni nada parecido —protesto.

—Porque me gustan las chicas que toman la iniciativa —argumenta, inclinando la barbilla.

—Pero yo no tengo motivos para querer gustarte —objeto—. Te haré un batido —decido.

Alex hace una mueca poco convencido.

—Está bien —concede, y me libera de sus brazos.

Suelto un suspiro de alivio y sonrío agradecida, pero entonces Alex me

sorprende echándome hacia atrás. Los oídos me pitan y saltan todas las alarmas de mi cuerpo, que se vuelve rígido e inexperto.

—Alex, lo has prometido —farfullo ensordecida por los acelerados latidos de mi corazón.

—Te mentí: también me cobro las propinas.

Y entonces me besa. Cierro los párpados, pero en ese momento me doy cuenta de que sus labios están en mi mejilla, y no sobre mi boca.

Resoplo. Me entran unas enormes ganas de utilizar el contundente repertorio de palabras malsonantes de mis amigas. Sin embargo, me río.

Extras



FICHA DE LOS PERSONAJES

Nombre y apellidos: Rebeca Duque (o Beca para los amigos).

Edad: 17 años.

Horóscopo: piscis.

Nacionalidad: española.

Descripción física:

- **Ojos:** marrones y grandes, con largas pestañas, lo que hace que su mirada sea muy expresiva.
- **Pelo:** castaño claro ondulado. Lo lleva recogido en una coleta o en un moño que se sujeta con un bolígrafo o un lapicero, según lo que tenga más a mano.
- **Piel:** blanca, aunque por su trabajo parcial como repartidora de publicidad, se broncea con rapidez. En sus mejillas tiene unas graciosas

pecas que le confieren un aire inocente entre los chicos.

- **Constitución:** corre siempre que está agobiada por los problemas de casa y las clases, gracias a lo cual luce unas piernas delgadas pero contorneadas. Y, aunque suele ocultarlo con camisas o camisetas largas, tiene un trasero firme y sexy que vuelve locos a todos los representantes del sexo masculino, especialmente a Alex.

- **Altura:** 1,65 m.
- **Otros:** tiene tendencia a llevar gomas de pelo a modo de pulsera en la muñeca derecha y, cuando está inquieta o pensativa, les da pequeños pellizcos repetitivos.

Descripción psicológica: emotiva y sensible. Le preocupa lo que los demás puedan pensar de ella o que no la comprendan, así que se muestra agradecida y divertida con aquellos que se convierten en sus amigos. Le gusta sentirse protegida y llamar la atención,

pero en una situación de emergencia tiene la capacidad para actuar rápido y de forma eficaz. Especialmente, disfruta de ayudar a otros y valora por encima de todo a la familia y a los que ama, siendo capaz de arriesgar su propia vida para protegerlos.

Objetivos de vida: está estudiando el último año del bachillerato tecnológico en Madrid. Muchas veces ha pensado en dejar los estudios y buscar un trabajo que le permita solucionar los problemas económicos de su familia.

Definición del personaje en una sola frase:

Romántica, fantasiosa y muy entregada con las personas que ama, de las que necesita recibir la misma atención.

Características o gestos especiales:

- Se marea cuando ve sangre.
- Tiende a morderse el labio inferior cuando se encuentra ante una situación difícil de resolver.
- Debido al carácter explosivo de su mejor amiga Marta, muchas de las veces todo el potencial de Beca queda

invisible ante el resto.

- Tiene una pasión oculta por las sudaderas.
- Se viste con prendas fuera de temporada y de una talla que no corresponde con la suya, de modo que, sin pretenderlo, oculta las curvas de su cuerpo.
- Marta nunca pierde la oportunidad para hacerle de celestina a Beca con todos los tíos buenos que ven.



Nombre y apellidos: Alex Kirov.

Edad: 19 años.

Horóscopo: escorpio.

Nacionalidad: tiene doble nacionalidad, pues es ruso por parte de padre y español por parte de madre.

Descripción física:

- **Ojos:** azul eléctrico y ligeramente rasgados. Como duerme poco, suele tener ojeras que añaden profundidad a su mirada. Esta

particularidad hace que las chicas se lo queden mirando embobadas.

- **Pelo:** aunque su color natural es rubio ceniza, se lo tiñe de negro para ocultar el parecido con su padre, a quien odia. Suele llevarlo corto y cuidadosamente despeinado.
- **Piel:** pálida, por lo que cuando se expone al sol se quema en seguida.
- **Constitución:** no va al gimnasio, pero le gusta

practicar deportes de riesgo; gracias a ello tiene un cuerpo atlético y atractivo para todas las chicas, que a menudo le dejan notas con su número de teléfono en su equipo de pintura durante las clases.

- **Altura:** 1,89 m.
- **Marcas corporales:** tiene una cicatriz en el hombro derecho debido a un accidente. Para evitar preguntas, la esconde bajo un tatuaje tribal combinado con un águila negra que dibujó él mismo. En

la lengua lleva un *piercing* que se hizo una noche de borrachera, tras una apuesta con sus amigos.

- **Otros:** cuando pinta, siempre lleva un pañuelo a modo de pulsera en la muñeca izquierda.

Descripción psicológica: naturaleza emotiva y activa. Es orgulloso y perseverante, y le gusta complacer y recibir en la misma medida. Cuando se plantea un objetivo nunca da marcha atrás, razón por la cual es bastante posesivo y celoso de lo suyo. También

le gusta crear y ver más allá del presente, pero odia la injusticia e interviene cuando una situación así termina afectando a su trabajo o sus momentos de tranquilidad, lo que le confiere una capacidad de diplomático nato.

Objetivos de vida: estudia el Grado de Bellas Artes en la Universidad pública de Madrid (Complutense/ UCM). En un futuro le gustaría exponer toda su obra por diferentes países sin necesidad de los contactos de su familia.

Definición del personaje en una sola frase:

Sensual y divertido, pero muy celoso y posesivo con aquello que ama.

Características o gestos especiales:

- Inconscientemente, siempre acaba limpiándose el sudor o la pintura en el pañuelo que lleva en la muñeca.
- Siempre está escuchando música, por lo que suele llevar unos grandes cascos colgados al cuello. Escucha canciones en idiomas que no entiende para que la música no le distraiga mientras pinta.

- Su madre insistió en que se hiciera cirugía estética para eliminar la cicatriz del hombro, pero Alex se negó, y en su lugar decidió hacerse un tatuaje.
- Cuando está interesado en algo que le están diciendo o cuando simplemente le divierte una situación, juega con el *piercing* que lleva en la lengua.
- Viste siempre lo mismo, sin importar el frío que haga: una camisa larga o corta abierta

sobre una camiseta de tirantes blanca, y unos vaqueros rotos o raspados. Y si bien no usa abrigos, cuando el clima no acompaña, se cubre con bufandas muy largas y gorros de lana, siempre de color negro.

